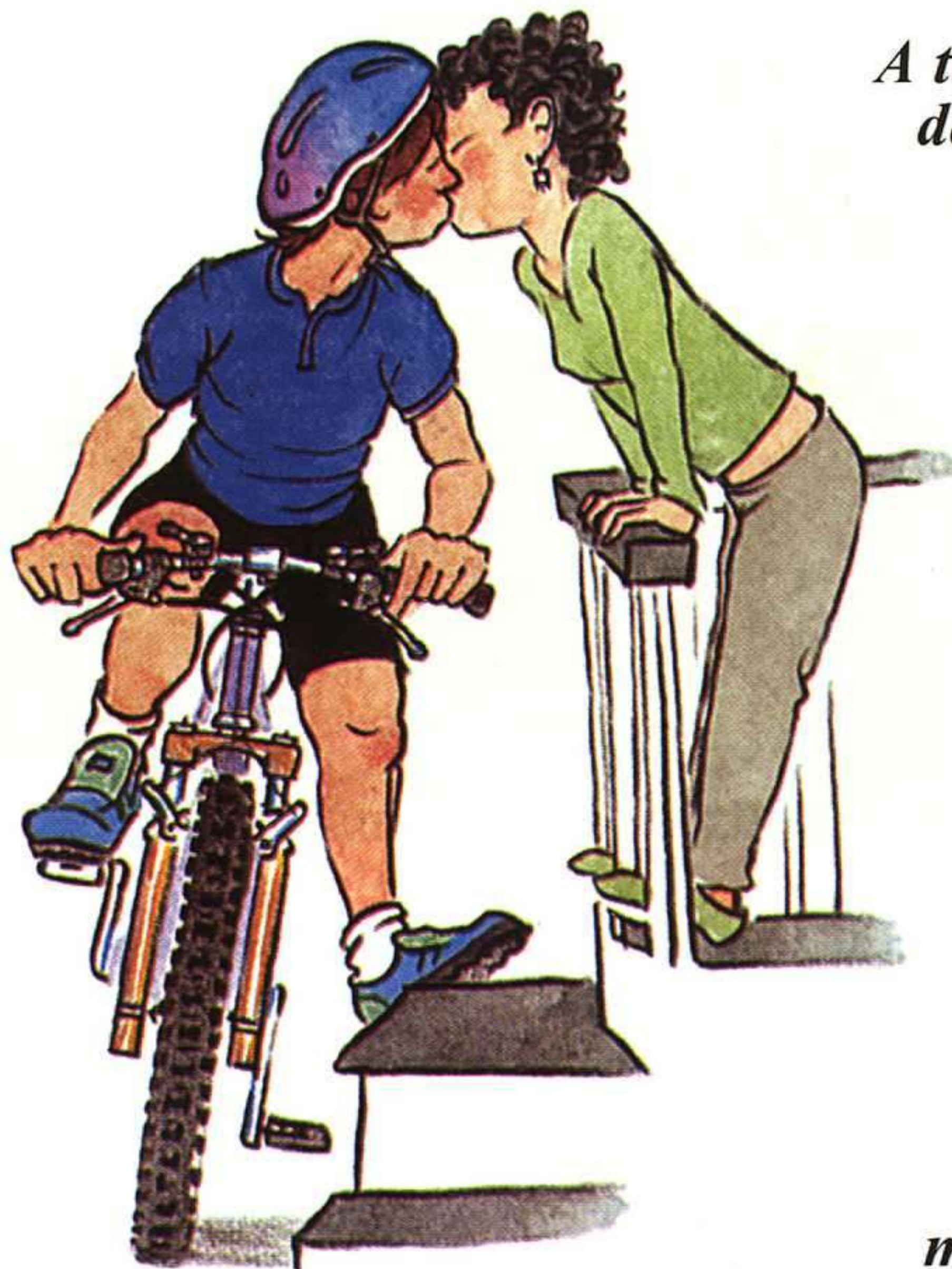


ESTUDIO

# Amor y adolescencia

**Anabel Sáiz Ripoll\***



*A través de una amplia muestra de novelas juveniles actuales, escritas tanto en castellano como en catalán, Anabel Sáiz Ripoll analiza la manera cómo se trata el tema del «amor» en la LIJ española. Aspectos como «el primer amor», el «amor correspondido», el «amor platónico», «amor y muerte» o los «celos» son estudiados a través de unos ejemplos concretos, de unos títulos que podrían haber sido otros. Es un primer acercamiento a un tema muy amplio y complejo, pues el amor es el sentimiento más presente en la literatura y, cómo no, en la juvenil, y también hay muchas maneras de entenderlo.*

A Miguel Ángel

**E**scribir acerca de la literatura amorosa supone una contradicción: parece un acto de soberbia pero en realidad lo es de modestia. Lo primero, porque resulta impensable querer abarcar todo lo escrito que aluda al amor. Es una tarea imposible y quimérica. Lo segundo, porque implica hacer una selección previa y escoger un *corpus* de obras lo suficientemente amplio, pero nunca exhaustivo, que nos permita esbozar con dignidad las líneas maestras con que la literatura juvenil actual aborda el tema del amor. Hemos trabajado con un número amplio de títulos de diferentes autores que creemos lo bastante representativo para el análisis que pensamos ofrecer a continuación.<sup>1</sup>

### El sentimiento más presente en la literatura

«Para una persona romántica, el primer amor es una marca indeleble.»<sup>2</sup>

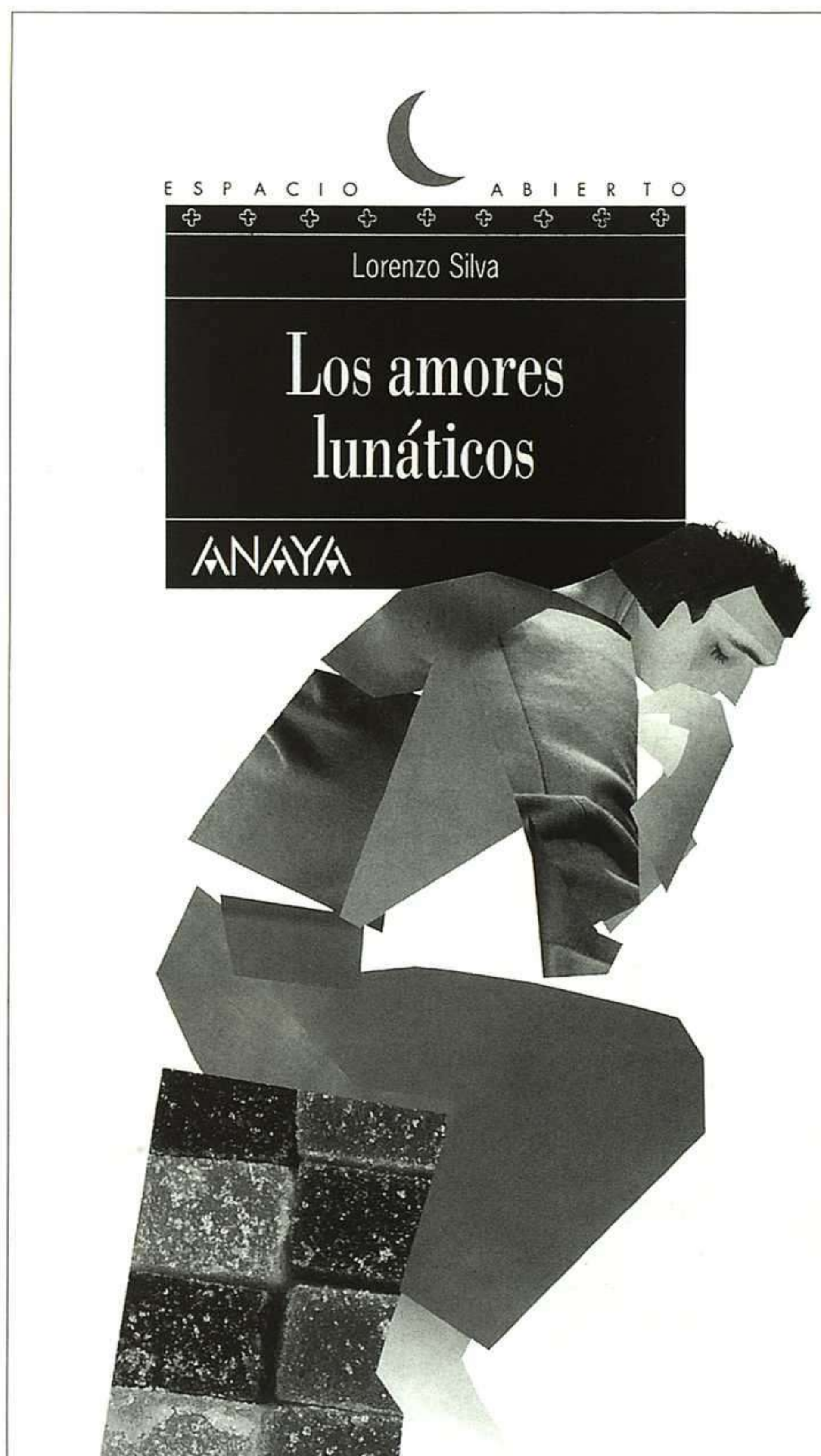
El amor es ese sentimiento por el cual una persona siente atracción por otra y desea compartir con ella parte de su existencia. Es, sin duda, el sentimiento más aludido en literatura, el más universal. Ligadas al amor encontramos otras emociones como la alegría, los celos, las pasión o el sufrimiento. Bien nos lo recuerda José Antonio Marina, a nivel filosófico, de esta manera: «Cada uno de los niveles amorosos que he señalado —el deseo, el dolor de la ausencia, el gozo en la posesión, la afirmación de la existencia ajena y la necesidad de su felicidad— pueden llamarse, sin duda, *amor*, sabiendo que sólo el nivel último, que integra a los demás, alcanza la totalidad de la experiencia. Se trata de una experiencia integradora y por ello muy compleja».<sup>3</sup> Experiencia que veremos, a continuación, a través de las visiones de algunos de nuestros narradores actuales de literatura infantil y juvenil.

Evidentemente, no podemos hablar de un género literario amoroso dedicado a

los jóvenes, pero sí podemos rastrear su presencia como tema central en multitud de obras. Y sin exagerar cabe añadir que, de manera indirecta, el amor aparece en prácticamente toda la literatura juvenil. Hablamos de literatura juvenil, dejando de lado, por esta vez, la infantil, porque el sentimiento amoroso más bien aparece en la adolescencia, aunque eso no quiere de-

cir que no haya literatura infantil que trate del amor, aunque de una manera que no es el objeto del presente análisis.

La lírica es el género que, por su subjetividad, más se presta a la presencia del amor. No vamos a entrar en detalles, pero sí podemos recordar que de las jarchas a las cantigas, de Garcilaso a Lope de Vega, de Quevedo a Bécquer, de Ru-



M<sup>a</sup> DEL CARMEN DE LA BANDERA

## *Cuba linda y perdida*



Punto juvenil

Magisterio Casals

8<sup>a</sup> edición

bén Darío a Luis Cernuda, por citar unos nombres, el amor ha sido un motor literario indudable. Pocos son los autores que no han abordado de alguna manera el tema amoroso y todos los tópicos que lo acompañan.<sup>4</sup> En este estudio nos centraremos en la narrativa y veremos que lo mismo ocurre con los autores y autoras que vamos a nombrar que, directa

o indirectamente, acaban hablando del amor.

En algún momento de la vida del adolescente aflora su primer amor y lo hace con la vehemencia, la pasión, la rabia y la fuerza con que se suelen vivir las emociones a estas edades. Alejandra Vallejo-Nágera nos recuerda, a nivel anímico y físico, estos cambios y bien vale

la pena la extensión de la cita porque, después, los veremos reflejados en el aspecto literario:

«El enamoramiento altera el estado vital, hipoteca el comportamiento y el cerebro. Por primera vez, lo que piensa, opina, hace o dice el elegido es de vital importancia. Uno es lo que el otro quiere que sea y viceversa. Los estudios, la familia y los amigos pasan a un segundo plano, porque toda su vida se centra en el “otro”, a quien encuentra formidable, positivo y sin defectos.

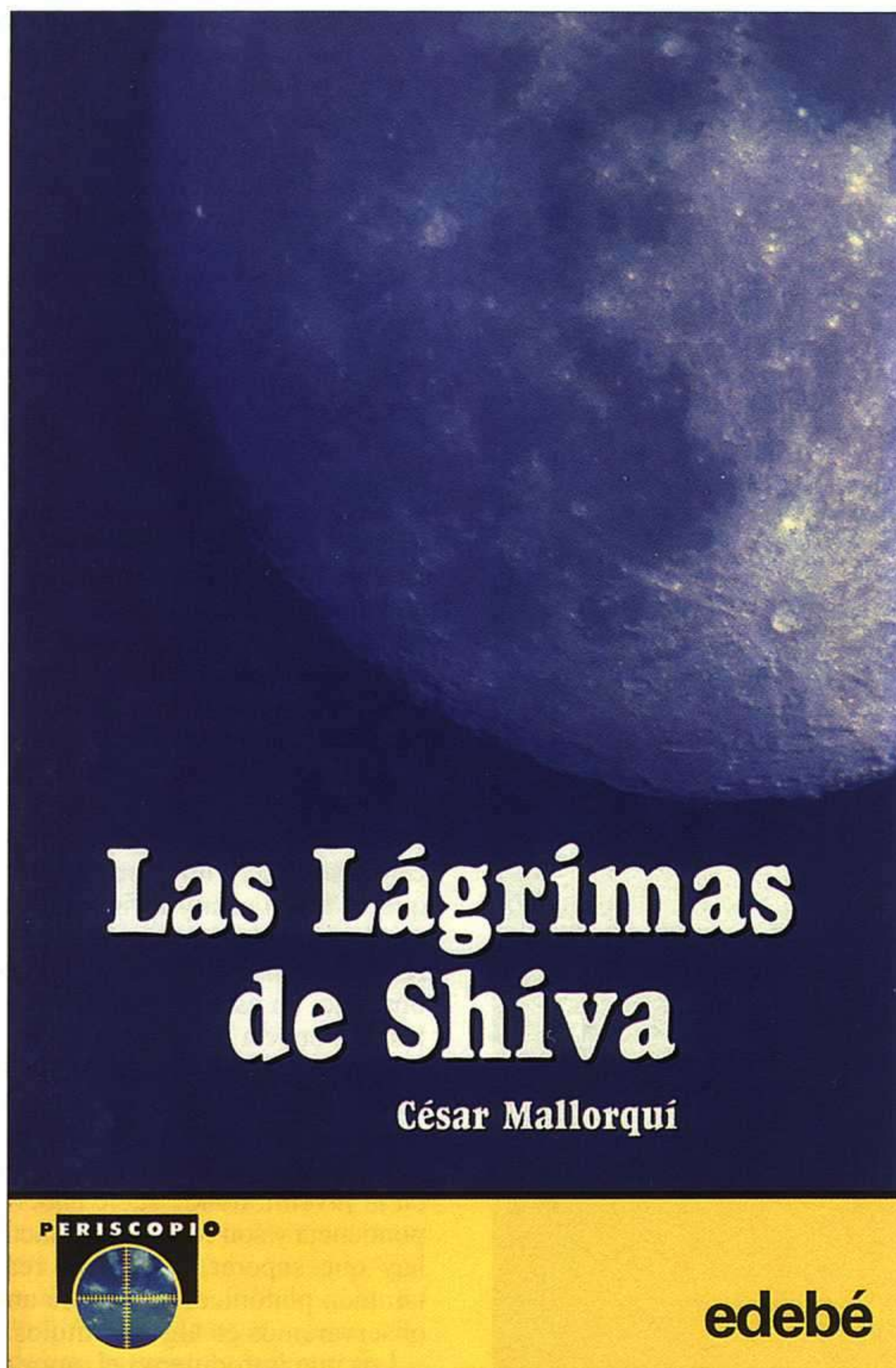
»El enamoramiento produce ciertos cambios en algunos hábitos: quita el sueño o, por el contrario, se duerme mejor que nunca; produce inapetencia o un hambre atroz. Además, todo ello acompañado de inusitada palidez, rubor, palpitaciones, ansiedad o loca euforia. Mientras está enamorado y es correspondido, el adolescente se siente pleno, feliz. Su pasión se desata cada vez que oye hablar a la persona amada, la ve o piensa en ella. Desea ser objeto de admiración por parte del otro, tiene muchas ganas de hacer cosas... pero no puede hacerlas, porque le resulta muy difícil concentrarse en algo que no sea el amado. No se aburre; tiene la risa fácil. Da gusto verle. No obstante, en esta etapa tanto frenesí celestial tiende a durar poco.»<sup>5</sup>

El amor puede tener distintas facetas, puede ser correspondido o no correspondido. Este último es el tema que abunda más en la literatura, aunque no en la juvenil, donde suele haber correspondencia y son otros los obstáculos que hay que superar. Puede ser real, pero también platónico, un tipo de amor que observaremos en algunos títulos.

Los que introdujeron el amor en la literatura juvenil son, como bien dice Juan Antonio Pérez Millán,<sup>6</sup> José Luis Martín Vigil y Michel Quoist. Quien estas líneas escribe, descubrió un mundo de sentimientos en *Primer amor, primer dolor*; aunque también en otro autor, que vale la pena recordar: Torcuato Luca de Tena y su *Edad prohibida*. Conviene citarlos aquí como obras de iniciación.

### Amor y diferencias

«Lo que en realidad somos es lo que queremos.»<sup>7</sup>



Algunas de las mejores historias que hemos leído hablan de un primer amor correspondido por parte de los dos jóvenes, pero inconveniente para la familia, ya sea por diferencias de clase social, económicas, culturales, raciales, religiosas o de cualquier otro tipo. La pareja ha de luchar contra estas adversidades sumando a lo difícil de la situación su propia inmadurez, inexperiencia e inestabilidad emocional.

Éste es el eje de *Sin máscara*, de Alfredo Gómez Cerdá. Roberto, chico de clase alta, violinista, se enamora de Luna, una

chica de Carabanchel con una presencia física especial. Los dos miden estas diferencias, pero acaban por aceptarlas:

«—No. Al contrario. Me pareces un tipo distinto, un poco raro, algo chiflado... No sé... ¡Genial!

Roberto se alegró de oír aquellas palabras y desde ese instante se sintió mucho más a gusto al lado de Luna.

—A mí me ocurre lo mismo contigo, me pareces distinta, un poco rara, algo chiflada y... ¡genial!

Los dos rieron de buena gana» (p. 43).

En cambio su familia no opina lo mismo y es que, para ellos, «Roberto está en muy mala edad. Debéis tener mucho cuidado y vigilarlo de cerca. Lo peor son las malas compañías» (p. 67).

*Sin máscara* es una historia abierta, como sucede en muchas de las obras que comentaremos: es un amor que no se sabe cómo continuará; pero que se mantiene vivo aún cuando termina el libro: «TE QUIERO, VIOLINISTA», escribe Luna en la fachada del aeropuerto cuando va a despedirse de Roberto que parte al extranjero a ampliar sus estudios musicales.

*La estrella de la mañana*, de Jordi Sierra i Fabra, también habla de un amor inconveniente entre Joma, un chico de vida difícil y atormentada, y Beatriz, una chica de buena posición.

«Tan sencillo, tan claro. Comprenderlo en su raíz. De hecho siempre fue así, pero no supo verlo. Lo tenía delante y lo único capaz de ver era a Beatriz. Extraño sentimiento el amor. Después de compartir, lo máximo equivalía a renunciar. Y todo por un mundo evidente. Montescos clase baja y Capuletos clase alta. La respuesta» (p. 162).

Los dos, sobre todo Joma, se dan cuenta de estas diferencias y se plantean muchas preguntas que quedan en el aire porque hay algo más poderoso que los impulsa a seguir:

«¿Qué estaba haciendo allí, en el otro extremo de Madrid, que para el caso era como estar a la distancia que separa a la Tierra de la Luna, despidiéndose de una chica de dieciséis años a la que le rebosaba la pija por todos los poros de su cuerpo?

¿Qué estaba haciendo allí, fuera de su territorio y con la noche apenas iniciada, confundido y aturdido por la turbulencia de una niña de porcelana?» (p. 34).

Sin embargo, es Beatriz quien teme menos a las diferencias, quien da el primer paso:

«—En todas las casas hay problemas.

—No es todo, Beatriz—ahora sí levantó los ojos para enfrentarse a ella de nuevo—. Mi padre está en la cárcel de Carabanchel, y aunque no le he visto desde que se marchó, lo sé, y no puedo escapar de ello ni de lo que eso representa.

Ella se levantó, rodeó la mesa y se sentó a su lado, más cerca. Con una mano aproximó el rostro de Joma al suyo y le besó en los labios.

—Te quiero, y no me importan esas cosas —  
reveló con firmeza.  
—Pero cuentan. Y pesan. Yo lo sé. ¿Cómo crees  
que tu familia se tomará que...? » (p. 71).

Joma es el más realista de los dos, el  
que sabe que hace falta algo más aparte  
del amor para que funcione una relación  
que él pretende que sea duradera:

«Sabíamos que no sería fácil por mis proble-  
mas, por tu familia, porque no tenemos preci-  
samente veinticinco años para hacer lo que  
nos dé la gana... Lo importante es que nos  
queremos, pero no podemos ahogarnos el uno  
al otro. Has de entender esto. Llega la época  
más difícil para los dos, pero no es únicamen-  
te el verano. Se trata de algo más. Puede que  
necesitemos un año, al menos yo, y habrás de  
ser fuerte» (p. 107).

Sin embargo, la historia se complica y  
se escapan los dos juntos y es el padre de  
Beatriz quien acaba encontrando una so-  
lución:

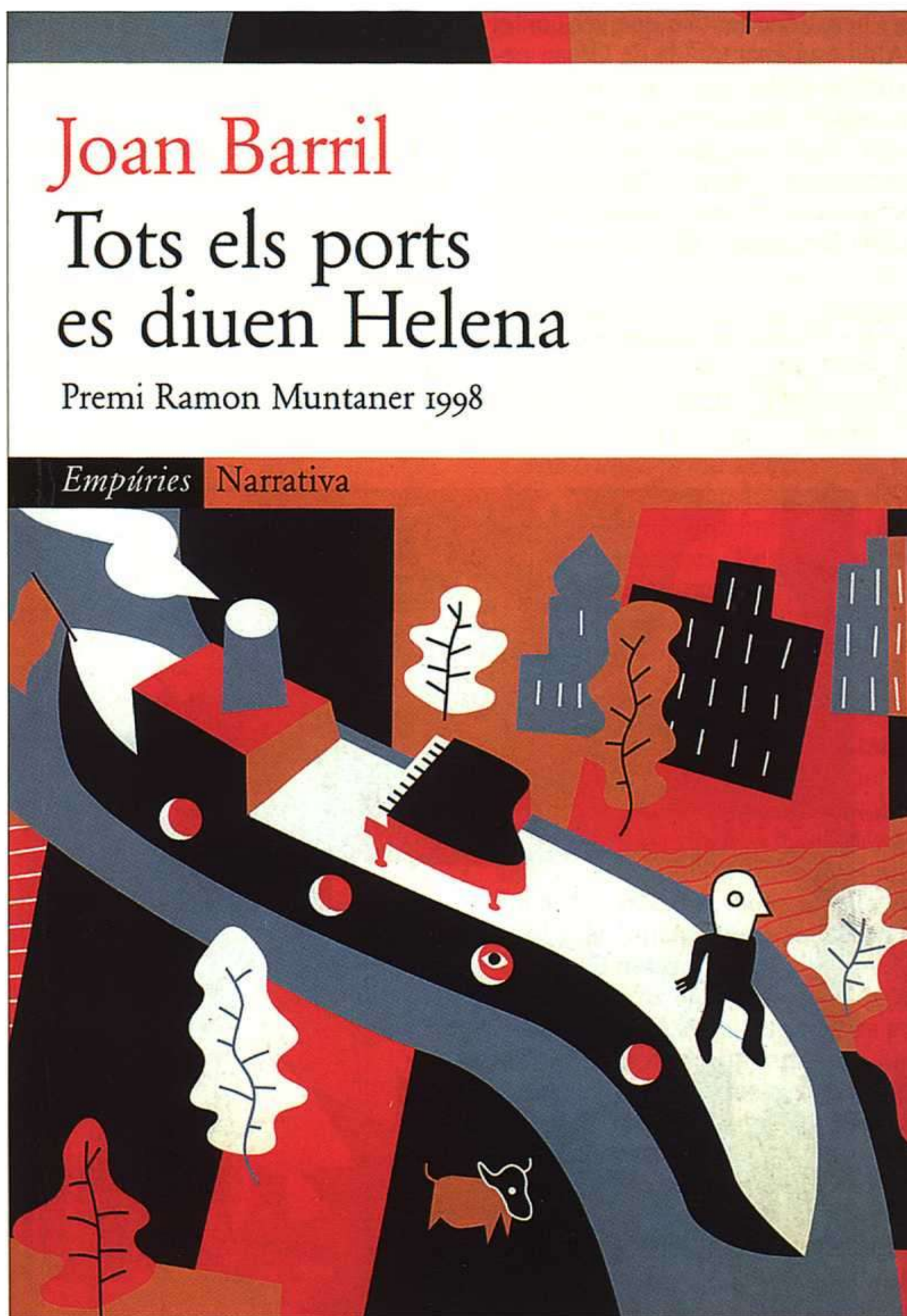
«—Si la quieres, y eso deberías entenderlo  
mejor siendo así, no la destruyas ahora ni te  
destruyas a ti mismo.  
—¿Y qué puedo hacer?  
—Lucha, hijo. No hay otro camino» (p. 166).

Ésta es una historia con futuro, pro-  
yectada al mañana, quizá de ahí el títu-  
lo. Joma decide prepararse para merecer  
a Luna y, cuando lo logra, vuelve a apa-  
recer en su vida: «Dicen que el primer  
amor es el más fuerte, el más intenso e  
inolvidable. Tienen razón, cariño. En mi  
caso lo será eternamente» (p. 172).

Pero no todas las historias acaban bien o  
tienen un final supuestamente feliz o es-  
peranzador como las dos que acabamos de  
presentar. La dureza aparece en *Un viento  
frío del infierno*, de Carlos Puerto. Aquí  
los amores inconvenientes son entre Saïf,  
un muchacho árabe que estudia en España,  
y Eva, una chica dulce y sensible. El her-  
mano de Eva, Manu, un cabeza rapada, y  
todo su entorno ponen la nota trágica en el  
desenlace. «Cuando conociste a Saïf —re-  
cuerda el narrador—, sentiste una bocana-  
da de aire fresco en tu vida» (p. 49).

Saïf por su parte piensa que, juntos,  
podrán con todo:

«Quiero que seas siempre fuerte, porque los  
dos juntos seremos como los protagonistas de



las películas americanas: ¡invencibles! Tene-  
mos que tomarnos a broma lo que sólo es al-  
go provisional. Pero déjame que te pida un fa-  
vor, Eva, un favor muy, pero que muy  
importante. Que me esperes. Necesito que me  
esperes. Prometo que volveré, pero sólo lo ha-  
ré si tú me esperas. Lo harás, ¿verdad?

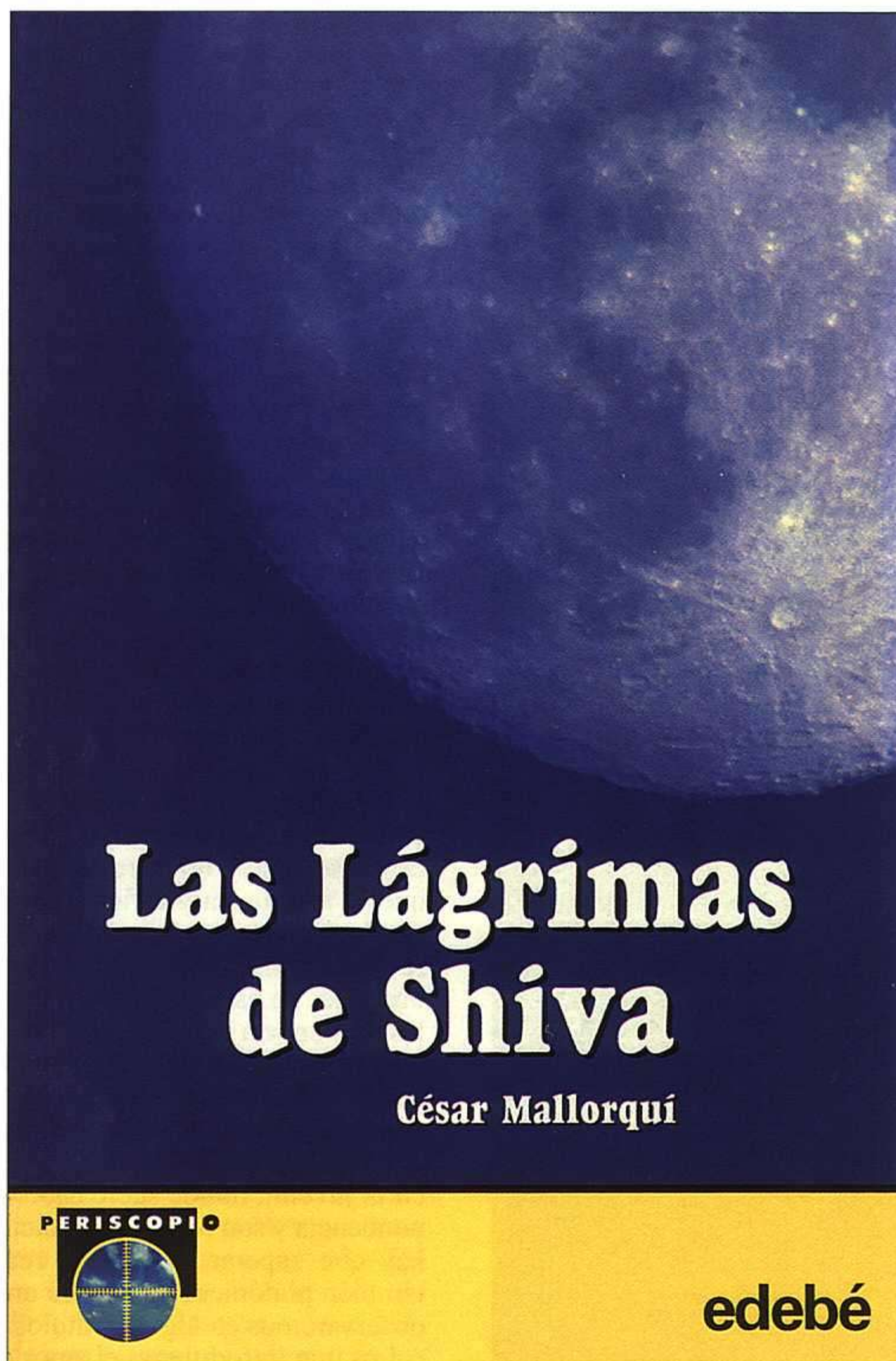
¡Ay, no sé qué siento,  
no sé qué pasa,  
cuando este maldito amor  
me falta!» (p. 94).

Por una desgraciada casualidad, Manu  
acaba disparando sobre alguien que cree

que es Saïf, cuando, en realidad, está  
matando a su propia hermana. El odio  
visceral puede más que cualquier otro  
sentimiento.

En *Las lágrimas de Shiva*, de César  
Mallorquí, los amores entre Rosa y Ga-  
briel han de ser clandestinos y no por di-  
ferencia social ni económica ni racial,  
sino por una vieja enemistad, por un mal-  
entendido que se dio entre sus padres y  
del que ellos pagan las consecuencias  
hasta que se desvela el misterio.

*Cleopatra en un cuaderno*, de Carmen



Algunas de las mejores historias que hemos leído hablan de un primer amor correspondido por parte de los dos jóvenes, pero inconveniente para la familia, ya sea por diferencias de clase social, económicas, culturales, raciales, religiosas o de cualquier otro tipo. La pareja ha de luchar contra estas adversidades sumando a lo difícil de la situación su propia inmadurez, inexperiencia e inestabilidad emocional.

Éste es el eje de *Sin máscara*, de Alfredo Gómez Cerdá. Roberto, chico de clase alta, violinista, se enamora de Luna, una

chica de Carabanchel con una presencia física especial. Los dos miden estas diferencias, pero acaban por aceptarlas:

«—No. Al contrario. Me pareces un tipo distinto, un poco raro, algo chiflado... No sé... ¡Genial!

Roberto se alegró de oír aquellas palabras y desde ese instante se sintió mucho más a gusto al lado de Luna.

—A mí me ocurre lo mismo contigo, me pareces distinta, un poco rara, algo chiflada y... ¡genial!

Los dos rieron de buena gana» (p. 43).

En cambio su familia no opina lo mismo y es que, para ellos, «Roberto está en muy mala edad. Debéis tener mucho cuidado y vigilarlo de cerca. Lo peor son las malas compañías» (p. 67).

*Sin máscara* es una historia abierta, como sucede en muchas de las obras que comentaremos: es un amor que no se sabe cómo continuará; pero que se mantiene vivo aún cuando termina el libro: «TE QUIERO, VIOLINISTA», escribe Luna en la fachada del aeropuerto cuando va a despedirse de Roberto que parte al extranjero a ampliar sus estudios musicales.

*La estrella de la mañana*, de Jordi Sierra i Fabra, también habla de un amor inconveniente entre Joma, un chico de vida difícil y atormentada, y Beatriz, una chica de buena posición.

«Tan sencillo, tan claro. Comprenderlo en su raíz. De hecho siempre fue así, pero no supe verlo. Lo tenía delante y lo único capaz de verlo era a Beatriz. Extraño sentimiento el amor. Después de compartir, lo máximo equivalía a renunciar. Y todo por un mundo evidente. Montescos clase baja y Capuletos clase alta. La respuesta» (p. 162).

Los dos, sobre todo Joma, se dan cuenta de estas diferencias y se plantean muchas preguntas que quedan en el aire porque hay algo más poderoso que los impulsa a seguir:

«¿Qué estaba haciendo allí, en el otro extremo de Madrid, que para el caso era como estar a la distancia que separa a la Tierra de la Luna, despidiéndose de una chica de dieciséis años a la que le rebosaba la pija por todos los poros de su cuerpo?

¿Qué estaba haciendo allí, fuera de su territorio y con la noche apenas iniciada, confundido y aturdido por la turbulencia de una niña de porcelana?» (p. 34).

Sin embargo, es Beatriz quien teme menos a las diferencias, quien da el primer paso:

«—En todas las casas hay problemas.

—No es todo, Beatriz —ahora sí levantó los ojos para enfrentarse a ella de nuevo—. Mi padre está en la cárcel de Carabanchel, y aunque no le he visto desde que se marchó, lo sé, y no puedo escapar de ello ni de lo que eso representa.

Ella se levantó, rodeó la mesa y se sentó a su lado, más cerca. Con una mano aproximó el rostro de Joma al suyo y le besó en los labios.

—Te quiero, y no me importan esas cosas —  
reveló con firmeza.  
—Pero cuentan. Y pesan. Yo lo sé. ¿Cómo crees  
que tu familia se tomará que...? » (p. 71).

Joma es el más realista de los dos, el  
que sabe que hace falta algo más aparte  
del amor para que funcione una relación  
que él pretende que sea duradera:

«Sabíamos que no sería fácil por mis proble-  
mas, por tu familia, porque no tenemos preci-  
samente veinticinco años para hacer lo que  
nos dé la gana... Lo importante es que nos  
queremos, pero no podemos ahogarnos el uno  
al otro. Has de entender esto. Llega la época  
más difícil para los dos, pero no es únicamen-  
te el verano. Se trata de algo más. Puede que  
necesitemos un año, al menos yo, y habrás de  
ser fuerte» (p. 107).

Sin embargo, la historia se complica y  
se escapan los dos juntos y es el padre de  
Beatriz quien acaba encontrando una so-  
lución:

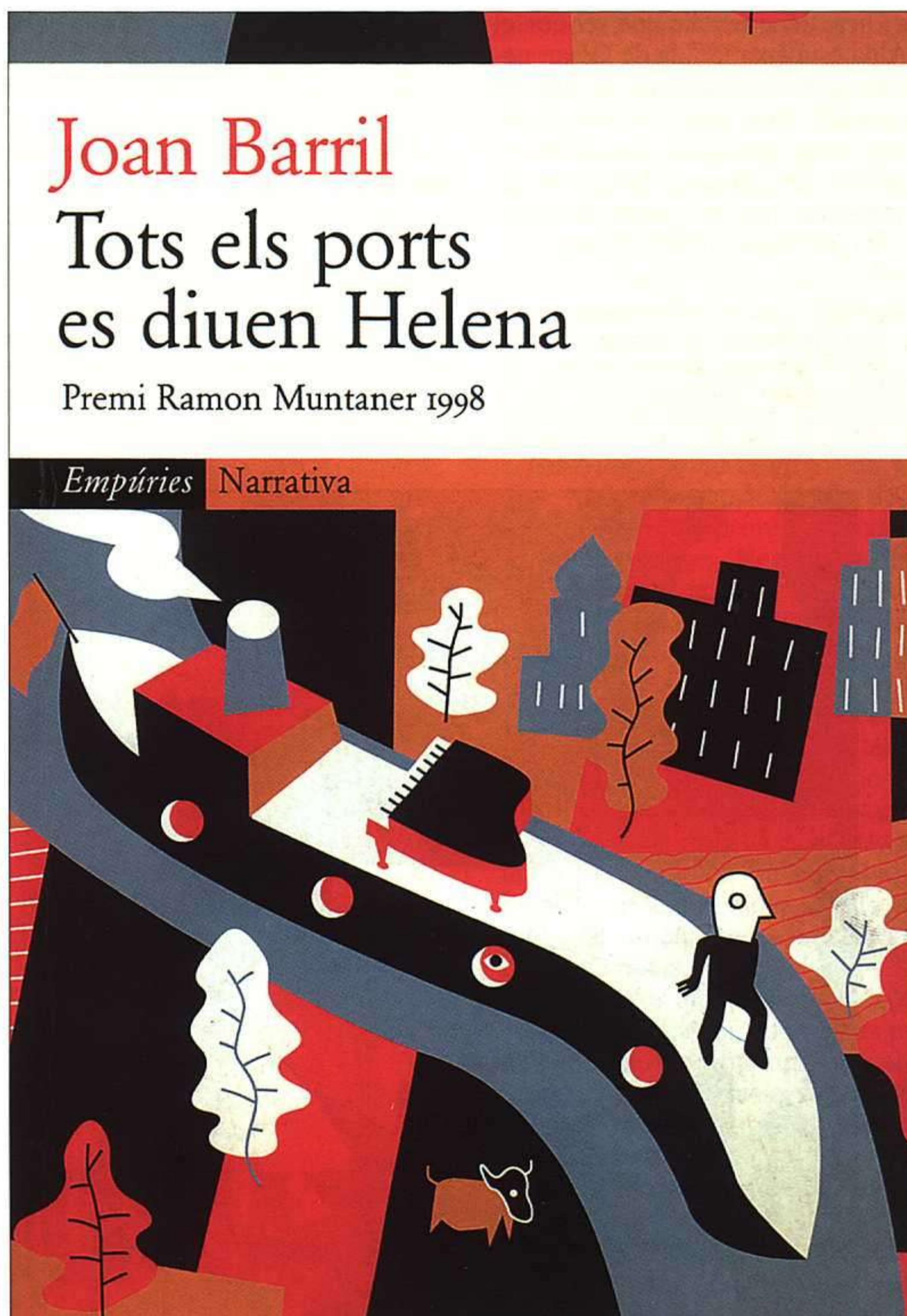
«—Si la quieres, y eso deberías entenderlo  
mejor siendo así, no la destruyas ahora ni te  
destruyas a ti mismo.  
—¿Y qué puedo hacer?  
—Lucha, hijo. No hay otro camino» (p. 166).

Ésta es una historia con futuro, pro-  
yectada al mañana, quizá de ahí el títu-  
lo. Joma decide prepararse para merecer  
a Luna y, cuando lo logra, vuelve a apa-  
recer en su vida: «Dicen que el primer  
amor es el más fuerte, el más intenso e  
inolvidable. Tienen razón, cariño. En mi  
caso lo será eternamente» (p. 172).

Pero no todas las historias acaban bien o  
tienen un final supuestamente feliz o es-  
peranzador como las dos que acabamos de  
presentar. La dureza aparece en *Un viento  
frío del infierno*, de Carlos Puerto. Aquí  
los amores inconvenientes son entre Saïf,  
un muchacho árabe que estudia en España,  
y Eva, una chica dulce y sensible. El her-  
mano de Eva, Manu, un cabeza rapada, y  
todo su entorno ponen la nota trágica en el  
desenlace. «Cuando conociste a Saïf —re-  
cuerda el narrador—, sentiste una bocana-  
da de aire fresco en tu vida» (p. 49).

Saïf por su parte piensa que, juntos,  
podrán con todo:

«Quiero que seas siempre fuerte, porque los  
dos juntos seremos como los protagonistas de



las películas americanas: ¡invencibles! Tene-  
mos que tomarnos a broma lo que sólo es al-  
go provisional. Pero déjame que te pida un fa-  
vor, Eva, un favor muy, pero que muy  
importante. Que me esperes. Necesito que me  
esperes. Prometo que volveré, pero sólo lo ha-  
ré si tú me esperas. Lo harás, ¿verdad?

¡Ay, no sé qué siento,  
no sé qué pasa,  
cuando este maldito amor  
me falta!» (p. 94).

Por una desgraciada casualidad, Manu  
acaba disparando sobre alguien que cree

que es Saïf, cuando, en realidad, está  
matando a su propia hermana. El odio  
visceral puede más que cualquier otro  
sentimiento.

En *Las lágrimas de Shiva*, de César  
Mallorquí, los amores entre Rosa y Ga-  
briel han de ser clandestinos y no por di-  
ferencia social ni económica ni racial,  
sino por una vieja enemistad, por un ma-  
lentendido que se dio entre sus padres y  
del que ellos pagan las consecuencias  
hasta que se desvela el misterio.

*Cleopatra en un cuaderno*, de Carmen

Gómez Ojea, tiene mucho que ver con el amor. Alda está enamorada de César, pero a su primo no le gusta ella y le hace la vida imposible, tanto que César y su padre tienen que dejar el pueblo. La narradora sabe describir muy bien los síntomas del enamoramiento (que nos recuerda lo que comentaba Alejandra Vallejo-Nágera):

«Súbitamente sintió calor y frío, cuchillos cachicuernos rasgándole el estómago, dolor y júbilo en el corazón y niebla en los ojos, mientras César caminaba hacia ella. Creyó que la emoción le hacía ver estrellas de colores, por-

que en ese instante se encendieron las bombillas y la noche ardió en fuegos que alcanzaron al cielo, donde brillaban las luces postreras del estío» (p. 44).

Ésta es, sin embargo, otra historia con futuro:

«... César estaba en alguna parte, y ella seguía queriéndolo. Siempre lo querría, quizá no del mismo modo, de forma inalterable; pero estaba segura de que el tiempo no podría jamás convertir en polvo, en nada, aquel sentimiento para el que era pequeño su corazón y todo su cuerpo...» (p. 72).

No es frecuente que una obra literaria juvenil aborde los amores homosexuales. Por eso dedicamos especial atención a *Nunca soñé contigo*, también de Carmen Gómez Ojea, en la que Lisa, la narradora, tiene celos de Chantal porque cree que está enamorada de Guzmán, pero luego —y asistimos fascinados al proceso— se da cuenta de que no, de que es a Chantal a quien ella quiere. La autora trata este amor con naturalidad, con delicadeza y con maestría. Es un amor del que no podemos adivinar su porvenir, pero sí su valentía presente:

«No está bien visto, por mucho que se hable de permisividad, tolerancia y demás cuentos, que dos mujeres, dos amigas como nosotras, se quieran, se besen y se acaricien, aunque sientan la necesidad de hacerlo. Tú ahora eres mi amor, así de claro. No sé qué pasará mañana» (p. 124).

Las diferencias pueden ser también religiosas como leemos en la novela histórica de Carmen de la Bandera, *Un hoyo profundo al pie de un olivo*, en la que un muchacho judío y una cristiana se enamoran y han de sufrir la intolerancia de los que los rodean en la época dura de la expulsión de los judíos. En otra novela histórica, *Almogávar sin querer*, de Fernando Lalana y Luis A. Puente, ambientada en el siglo XIV, el joven Garcés ha de huir de su pueblo por haberse enamorado de quien no debía, de la hija del amo del lugar.

## Voces narrativas y protagonistas

«El amor es la mejor de las cosas.»<sup>8</sup>

Muchas son las historias escritas en tercera persona por un narrador observador que acompaña a sus personajes, a la vez que los va descubriendo ante los lectores, como sucede en algunos títulos, por ejemplo, de Jordi Sierra i Fabra o de Alfredo Gómez Cerdá. No obstante, otros muchos prefieren acudir a la primera persona y que sea el propio protagonista quien viva directamente eso del amor y nos lo cuente. Estas historias son mucho más cercanas y directas. y el lector, seguramente, conecta con quien le está revelando unos sentimientos





que él también ha tenido, tiene o tendrá.

Juan, en *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*, de Martín Casariego, gracias a un excelente monólogo, uno de los mejores que hemos leído, nos explica todo un curso escolar durante el que ha encontrado el amor de su vida, y nos describe todas y cada una de las sensaciones, nuevas e inesperadas, por las que pasa. Es un título clave para entender el proceso del enamoramiento. Lorenzo Silva, en *Los amores lunáticos*, escoge a otro chico como narrador, quien nos cuenta, desde un pasado que aún no

está cerrado del todo, lo mal que lo pasó cuando se enamoró de forma inconveniente de dos mujeres.

En *Las lágrimas de Shiva*, ya citada, un adolescente nos explica el verano en que descubrió el amor, a través de una historia hermosa, mezcla de amores pasados con realidades presentes.

También nos habla de un amor de verano, pero imposible, el narrador de *Como un espejismo*, de María Mercè Roca, cuando se enamoró de una chica que, en realidad, no le correspondía. Se trata de un amor efímero que no cuajó, pero que

al chico le dejó el poso de su primera experiencia amorosa.

*Aquellos días en la playa*, de Fernando Cobo, también está narrada en primera persona, aunque el protagonista ya no es un adolescente, puesto que tiene 23 años, pero sí vive el final de un amor y el principio de otro.

Hasta ahora vemos que son los chicos los protagonistas y es que a menudo la literatura juvenil que habla de amores nos ofrece una visión desde el punto de vista masculino, sin embargo también hemos leído obras narradas por chicas.

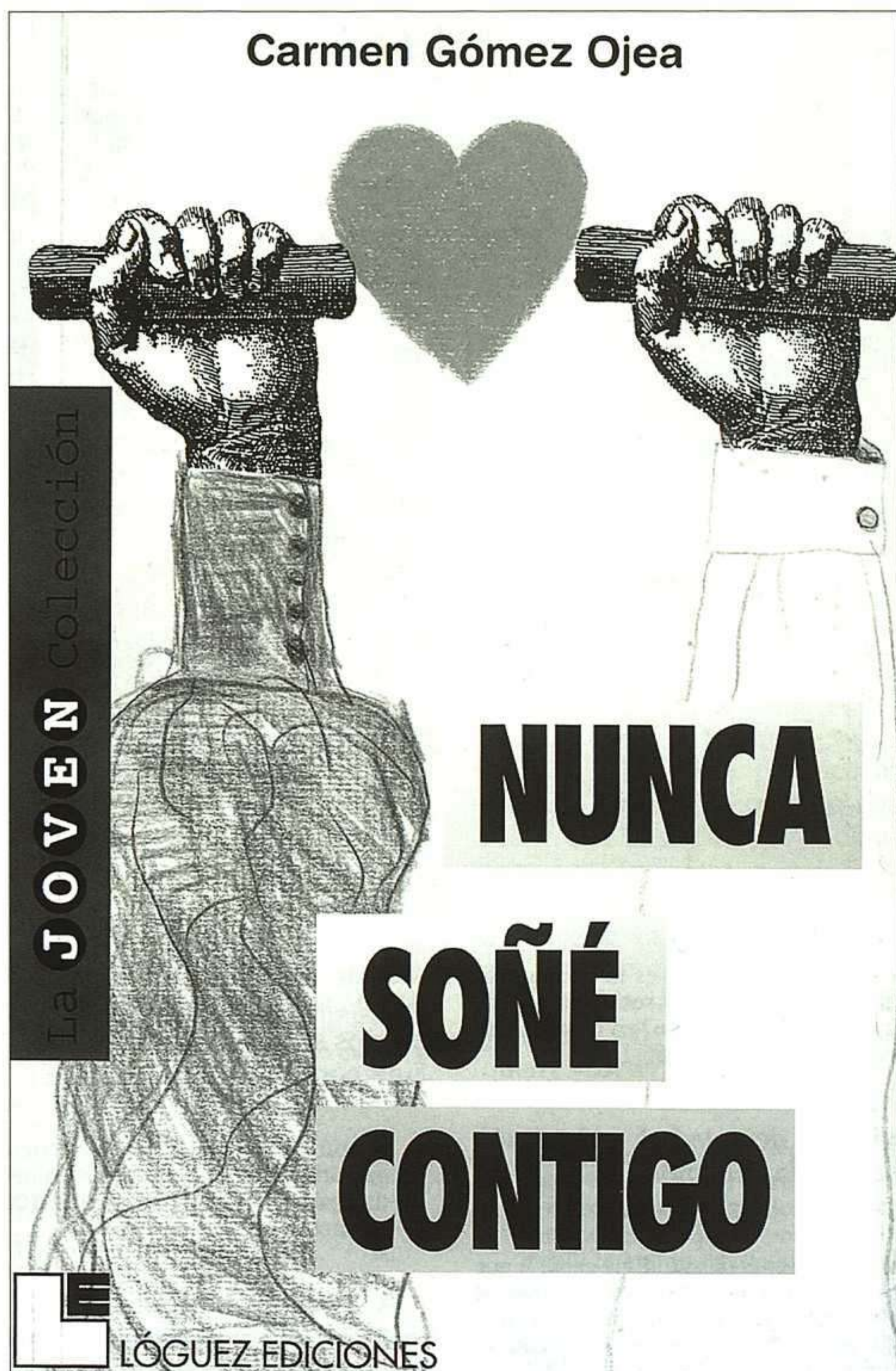
En *Nunca soñé contigo*, de Carmen Gómez Ojea, como acabamos de ver, Lisa reflexiona, en primera persona, acerca de sus amores. Resulta un texto extremadamente poético porque entretiene sus ideas, sus sentimientos alrededor de sus propios poemas.

*Cleopatra en un cuaderno*, de la misma autora, está escrito en tercera persona, pero incluye de tanto en tanto fragmentos del diario de Alda, que es quien vive un amor medio clandestino hacia César. En *No vuelvas a leer Jane Eyre*, también de Gómez Ojea, vuelve a combinar la tercera persona con la voz narrativa de Jimena, que escribe en su cuaderno de notas.

En *Con los ojos cerrados*, de Alfredo Gómez Cerdá, Ana, en primera persona, nos explica todo un curso en el que el amor, el desamor, las casualidades y los errores son experiencias importantes para aprender a vivir.

*La lluvia de París*, de Lorenzo Silva, está narrado por Laura quien nos cuenta, desde el presente, una historia que ya se ha cerrado y que afecta, sobre todo, a su amiga Silvia, la cual emprende una carrera cinematográfica fallida y acaba volviendo a casa. Un recurso narrativo esencial son las cartas que Silvia escribe desde París, gracias a las cuales conocemos su evolución personal y la de sus sentimientos.

Importante es el diario en *Íntimos secretos*, de Carmen de la Bandera, en el que Marta nos cuenta un año de su vida, en un momento crucial para ella, entre los 13 y los 14 años. Es una chica tímida, con poca autoestima, con problemas de adaptación, que está acomplejada por su gordura y que se siente el patito feo. Gracias a su diario, descubrimos el alma



de una chica que sufre por su extrema sensibilidad, las relaciones familiares difíciles, los celos hacia su hermano, su intento de suicidio, su tratamiento psicológico y, sobre todo, el conocimiento de Habibi, un muchacho marroquí, con quien tendrá su primera relación emocional importante. Marta acaba comprendiendo que lo que hace falta es aceptarse como se es y luego aprender a vivir con los demás, en sociedad. La autora, Carmen de la Bandera, parece esfumarse tras Marta, ya que no notamos su presencia.

Un caso curioso de doble narrador es *Maldita adolescente*, de María Menéndez-Ponte, en el que la protagonista, Andrea, nos habla de sus dificultades y de sus amores; pero también se incluyen las reflexiones atormentadas de Iván, un chico solitario que sufre, y que son el contrapunto de las de Andrea, ya que Iván, como veremos, se suicida.

Otro ejercicio narrativo interesante es el que encontramos en *Hola, ¿está María?*, de Concha López Narvárez y Miguel Salmerón, que se organiza en torno a las llamadas telefónicas que recibe y a su vez hace María. Poco a poco, lo que se suponía que era una amistad se va convirtiendo en amor.

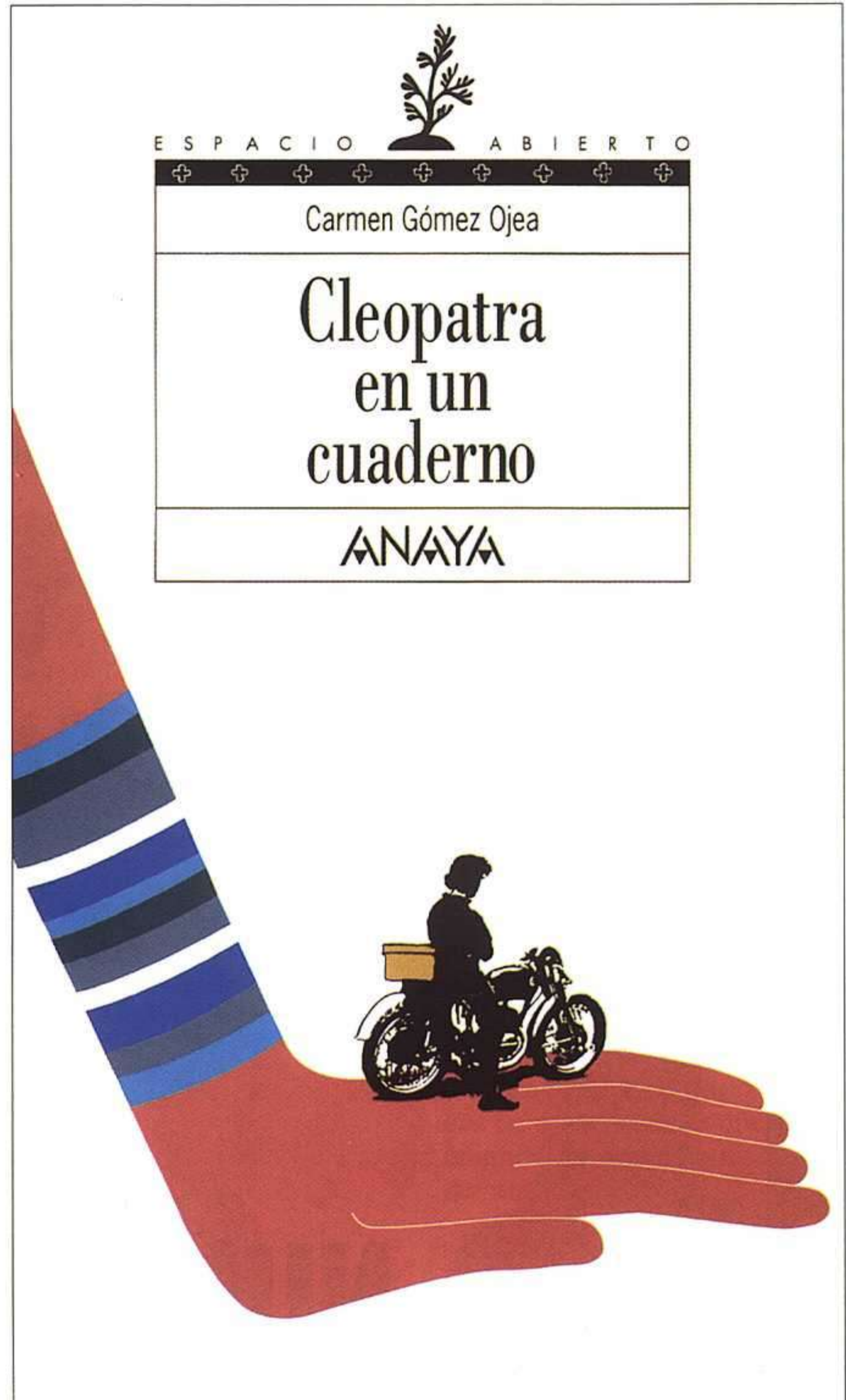
## Reflexiones en torno al amor

«El amor es una carrera a larga distancia.»<sup>9</sup>

Los narradores, sean o no protagonistas de lo que cuentan, consciente o inconscientemente, acaban reflexionando en torno a qué es eso del amor. A menudo, las visiones que tienen no son precisamente positivas ni esperanzadoras, porque deciden que el amor es absurdo, ilógico, que hace daño... pero que también es maravilloso, por fortuna.

En *97 formas de decir «te quiero»*, de Jordi Sierra i Fabra, Elena llega a decir: «¿Qué es el amor, sino desesperación?» (p. 154), y añade:

«El amor en el fondo es eso: un engaño, aunque maravilloso. Conoces a alguien y sólo le ves las virtudes, todo te hace gracia, todo es perfecto. ¡Oh, qué bonito! Sabes que no es así, pero a ti te da igual. Luego, si llegas a superar un límite de tiempo, resulta que todo lo que antes te gustaba, ahora te pesa y te desagrada



[...]. Te engañas siempre. Ves lo que quieres ver y sientes lo que quieres sentir. Y hay más cosas. ¿Recuerdas lo de que “en el amor y en la guerra todo vale”?» (p. 155-156).

Todavía más demoledora es la visión que tiene Leticia del amor:

«El amor debe ser el mismo. Es la gente la que lo pone en práctica de una forma o de otra, igual que un futbolista necesita chutar fuerte para meter gol y otro le da a la pelota con suavidad. El resultado es el mismo» (p. 160).

Juan, en *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*, conoce bien los efectos secundarios del amor y sabe definir cómo es el suyo:

«... mi amor filibustero y hambriento y sanguinario y las cosas que me imaginaba, mi vida aparentemente vulgar era una vida emocionante y aventurera» (p. 78).

A Jimena, la protagonista de *No vuelvas a leer Jane Eyre*, el amor le ha cambiado la vida:

«Amor empieza a gustarme. Lo pronuncio con los ojos cerrados y no me sabe mal ni me duele en los labios ni me daña los oídos. Desde ahora será para mí sinónimo de verano. Mi amor es un pájaro que vuela sin alas» (p. 100).

El joven narrador de *Los amores lunáticos* da en el clavo y reconoce que:

«El amor es siempre una distracción, sí, aunque quizá una de las más agotadoras y puñeteras que existen; basta con fijarse en cómo salen parados quienes caen víctimas de él. Resulta un poco difícil comprender por qué el amor es algo que alaban todos los poetas y que toda la gente busca, en mayor o menor medida, cuando está demostrado que las historias de amor acaban siempre mal o rematadamente mal» (p. 12).

«El amor es algo tan malo, que el mejor final que se nos ocurre es uno en el que la palman todos los que participan en la historia» (p. 13).

«Como se trata de un sentimiento contrario a toda lógica, uno no encuentra en la amada la manifestación o la confirmación de lo que le ha gustado siempre, que es lo que cabría esperar, sino que por culpa de ella se sorprende admirando lo que antes le daba risa o le traía al fresco» (p. 51).

Y el remate final lo pone Elena, en *Aquellos días en la playa*, ya que dice: «Creo que el amor no existe» (p. 137). Y añade, para aclarar las cosas:

«Claro que creo en el amor. Sólo que no creo que sea posible con todo el mundo. No creo que sea algo que decides tú, sino que está en el aire y a veces te toca y otras no.»

Pep Albanell, en *Zoa: una misteriosa historia de amor*, capta toda la esencia de lo que es el amor, y concretamente el amor adolescente, ya que se nutre del tiempo y el tiempo todo lo trastoca:

«Las cosas no son tan hermosas como las recordamos. Ni el dolor tan intenso. El recuerdo lo embellece y lo intensifica todo. O lo empalidece si conviene. El tiempo lo trastoca todo. Incluso puede dar sentido a lo que no lo tiene ni falta que le hace, como el amor adolescente» (p. 27).

## Enamoramiento

«El amor no se improvisa.»<sup>10</sup>

El enamoramiento, lo sabemos ya, es el proceso por el cual una persona se

siente atraída por otra y quiere formar parte de su vida. En los libros tratados es crucial esta primera etapa. Cuando se narra en primera persona, los protagonistas —que nos cuentan lo ya pasado desde el presente— saben muy bien cómo llamar a ese sentimiento que los invade, aunque el principio no fueron ellos los que lo descubrieron, sino sus amigos, porque el enamorado suele ser el último en enterarse de que lo está. ¿Acaso se puede controlar el proceso amoroso? Pues no, bien lo sabe Cristóbal en *97 formas de decir «te quiero»*, que no entiende el consejo de su amigo:

«—Pues no te enamores de ella hasta el punto de perder el culo, porque luego ya no lo vas a encontrar, y sin culo...

—¿Y cómo se enamora uno, a media pastilla, al setenta y siete por ciento, con reservas? ¡Vete a hacer puñetas!» (p. 48).

Lisa, en *Nunca soñé contigo*, está muy confusa, aunque quiere vivir lo que siente con total intensidad, se llame como se llame:

«Ya no me importa nada saber si lo que siento por ti es amor u otra cosa. No quiero saber si estoy enamorada o no. Sólo sé que estar contigo me hace bien, un bien infinito, inmenso. De todos modos, sigo pensando que el amor verdadero es aquel en que ninguna de las dos partes se siente inferior o ansiosa por no llegar a ser despreciada. En el amor verdadero todo transcurre como el agua de un río caudaloso y tranquilo, sin saltos rápidos ni meandros» (p. 115).

El amor también produce ansiedad, eso está claro: «Lo que me gustaría es sentir esta ansiedad por haberme ¿enamorado?» (p. 13).

En *Hola, ¿está María?*, Miguel, poco a poco, se va acercando a María, pero aún no sabe qué es lo que siente, mientras que María aguarda una declaración y no sabe muy bien qué hacer porque no quiere «meter la pata»:

«Pero como Miguel le gustaba, instintivamente tendía a medir sus palabras. Además, lo que necesitaba en aquellos momentos era saber qué sentía Miguel por ella. Lo que realmente le hubiera gustado preguntarle era lo que ella misma se había preguntado tantas veces, si la confianza que él le demostraba significaba algo más que amistad, si aquel hablarle de sus sentimientos más íntimos y



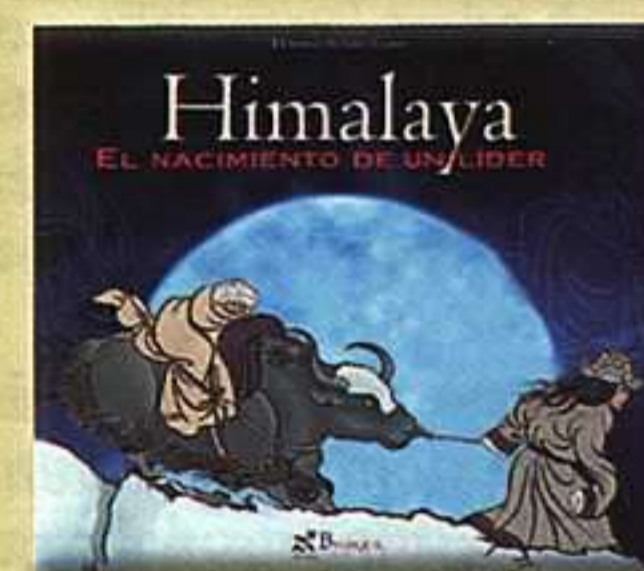
También edición en catalán

En algún lugar del universo, hace mucho tiempo, había un planeta sin luz ni colores.

ELHAM ASADI

ISBN: 84-96154-47-5

Precio: 12,00 €



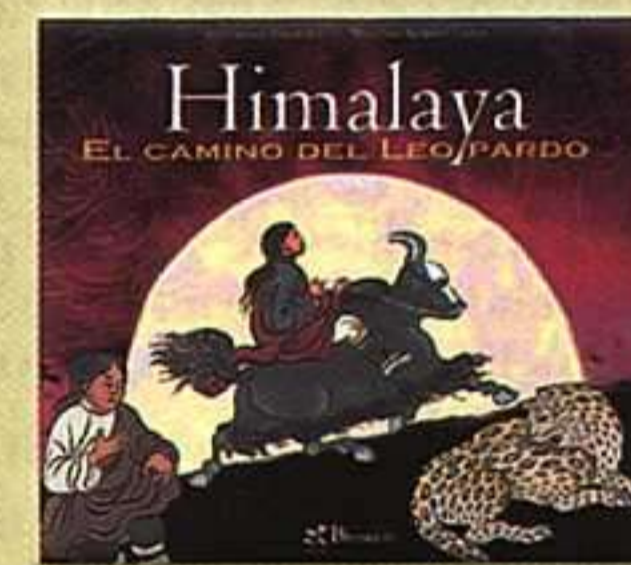
En una pequeña aldea apartada del Himalaya, Tséring espera con impaciencia el regreso de la caravana.

STÉPHANE FRATTINI

Ilustraciones:

Tenzing Norbu Lama

Precio: 12 €



Han pasado dos años desde la muerte de su padre. Tséring está triste, aunque todos ven en él a un futuro jefe.

STÉPHANE FRATTINI

Ilustraciones:

Tenzing Norbu Lama

Precio: 12 €



Las aventuras de Toto, el peor niño del mundo.

ANDREA RAUCH

Precio: 12 €

**BROSQUIL**  
edicions

Pl. Pintor Segrelles, 1 - Esc. B - pta. 25  
46007 Valencia  
www.brosquiledicions.es

secretos quería decir alguna otra cosa que la simple necesidad de desahogarse...» (p. 136).

Adriana, en *Maldita adolescente*, sí sabe qué le ocurre y que el amor la está rodeando: «Pero, nada más volver a mirarle, sentí de nuevo la lluvia de estrellas directamente en el corazón: estaba colgadísima, tenía que admitirlo» (p. 106).

Adriana dice «colgadísima», pero bien entendemos que lo que está es «enamorada».

Para Guillem, el aún púber narrador de *Todos los puertos se llaman Helena*, de Joan Barril, nada importa más que Helena, aunque él no sabe darle nombre a lo que siente:

«Los personajes que más me gustan se han reducido a un único personaje. Y no hace falta que haga ningún esfuerzo por imaginarme cosas. Mientras estoy enganchado a la pantalla hablando con mis amigos de lejos, ella se me pone en medio de los e-mails. Me gustaría poder decirles todo lo que me pasa, pero no sé cómo hacerlo ni si es del todo prudente» (p. 104).

El joven enamorado de *En como un espejismo*, reconoce un par de síntomas de su enamoramiento, que el objeto de su amor es lo mejor del mundo y que se ha vuelto imbécil:

«He oído decir que, cuando uno está enamorado, la persona querida le parece la mejor y la ve distinta. A mí me ocurrió algo parecido. (...) Debía parecer imbécil, todo el día arriba y abajo...» (p. 16).

Lo mismo le ocurre a Juan, en *Y decirte una estupidez, por ejemplo, te quiero*: «¿Todos los que se enamoran se vuelven imbéciles perdidos y tontos del culo, o solamente yo?» (p. 68).

A veces el enamorado, cuando descubre qué le pasa, se siente incapaz e incluso absurdo, como nos cuenta, muy claramente, el protagonista de *Los amores lunáticos*:

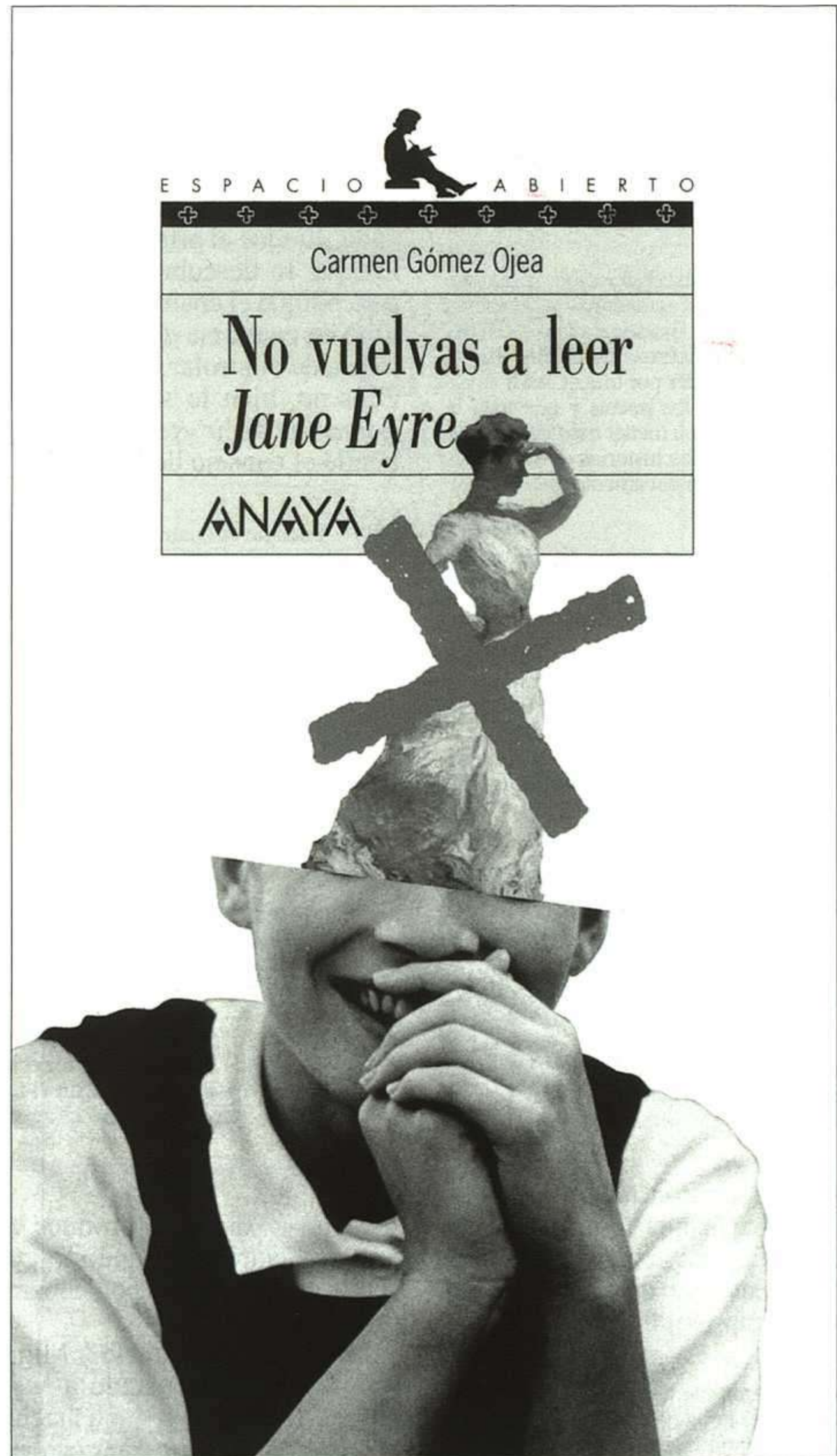
«El primer amor... Esa sensación de embeleso, esa pasión pura y tierna... Pero si he de ser sincero, y la verdad es que prefiero serlo (si no, de qué me serviría todo este rollo), a mí, cuando me di cuenta de que me había enamorado por primera vez, me invadió una mezcla de asombro y de rabia. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haber caído en aquella mezcla?» (p. 19).

En fin, acaba reconociendo su especial estado: «Nada, salvo que me había enamorado, y mi corazón no soportaba la idea: no me permitía correr el riesgo de no verla jamás» (p. 23).

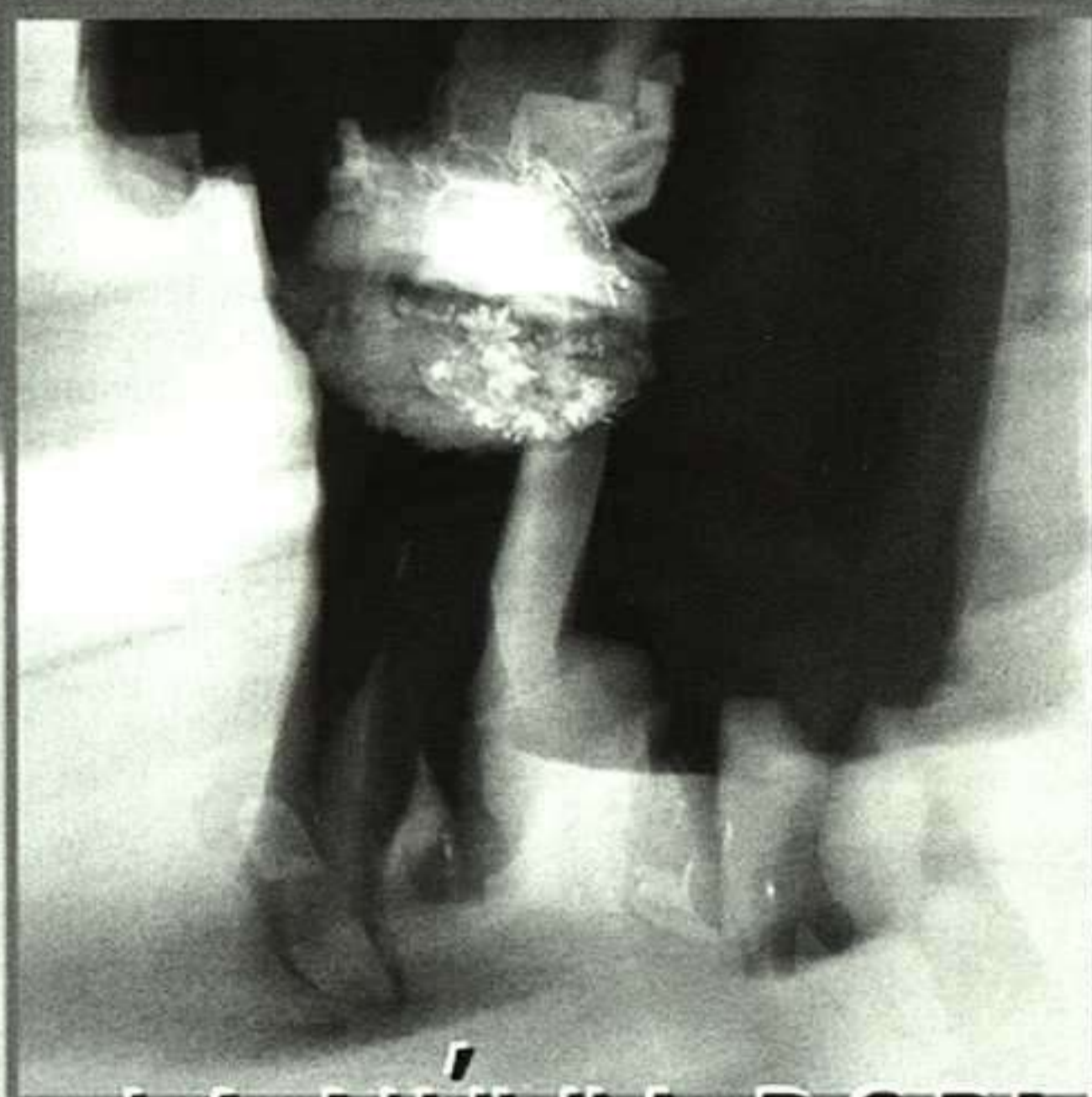
Este muchacho intuye que su historia no es para siempre y eso le hace sentir esa mezcla de tristeza, melancolía y ansiedad:

«... paladeé por primera vez en mi vida esa sensación agrídulce, esa tristeza como con regustillo que nos produce el amar a alguien cuando la historia de nuestro amor todavía no está escrita, cuando sólo es un futuro incierto en el que se apuntan los sinsabores, pero también la ilusión de la felicidad» (p. 28).

Este chico se ha pasado media vida intentando no caer en la trampa del amor y al final:



VAIG APAGAR LES ESPELMES; VAIG DESFULLAR LES ROSES SOBRE EL SEU COS...



## LA NÚVIA DORMIDA

OLGA XIRINACS



«Y es que la vida es un asunto bastante desconcertante. Uno se mantiene firme durante años, defendiendo a muerte que el veneno del enamoramiento y todas sus consecuencias, desde los suspiros a los versitos, sólo pueden atacar a las niñas tontas...» (p. 19).

«El amor —concluye, categórico—, decididamente, me estaba convirtiendo en un tipo lastimoso» (p. 52).

Más filosófica es Violeta, una de las primas del narrador en *Las lágrimas de Shiva*, que se muestra condescendiente con su antepasada Beatriz ya que «la gente se vuelve cursi cuando se enamora» (p. 192).

Estar enamorado también supone sentir añoranza de la persona querida como bien leemos en *Zoa: una misteriosa historia de amor*: «En aquellos momentos,

antes de abandonarla, la añoraba ya...» (p. 36).

Para los enamorados, no existe otra realidad que la que ellos mismos protagonizan, su amor los hace aislarse del mundo. En *La novia dormida*, de Olga Xirinacs, los dos enamorados sienten que el tiempo se ha parado: «Nos abrazamos. Cada palmo de su cuerpo se adaptaba al mío. No existía otra cosa en todo Londres que nosotros» (p. 28).

Y el amor no sólo supone ansiedad, dolor, desazón, añoranza; no sólo vuelve imbéciles, es como un veneno; y el amor es mucho más; se puede estar enamorado de alguien a quien no conoces. Eso leemos en *Las manos de Luz*, de Carlos Puerto: «No hace falta conocer a alguien para estar enamorado» (p. 21).

Y no podemos olvidar que, a veces, el amor surge como si fuese odio, se siente una antipatía sin justificación hacia la persona que, en el fondo, es objeto de desvelos. Lo leemos con claridad en *Endrina y el secreto del peregrino*, de Concha López Narvárez, en que Endrina muestra especial inquina hacia Henri del que, intuimos, se ha enamorado. Algo semejante le ocurre a Muriel, aunque en épocas distintas. Muriel, protagonista de *Cinco panes de cebada*, de Lucía Baquedano, es una joven maestra que ejerce en un pueblo perdido de Navarra y que va a enamorarse, sin casi quererlo, del hombre más extraño del pueblo, que acaba siendo su pareja ideal.

### La persona amada

«Pero de pronto era mi nombre favorito.»<sup>11</sup>

El nombre de la persona amada o su presencia e, incluso, su mera intuición trastornan al enamorado, quien reflexiona, embobado, una y otra vez, acerca del objeto de sus desvelos. Para el enamorado nada ni nadie es tan hermoso, tan perfecto, tan especial, tan maravilloso como el ser a quien ama. Tras un primer encuentro, que puede ser casual o buscado, se inicia la peripecia amorosa. Muchos chicos y chicas se conocen en los institutos, otros en algún viaje, otros son amigos de la infancia, algunos se encuentran en discotecas o lugares de diversión o, simplemente, el azar los acaba uniendo.

La obra *Todos los puertos se llaman Helena*, ya en el título lleva el nombre de la muchacha que, como un polizón, se cuela en el barco de los padres del protagonista y en su vida y es que, como dice él, muy cautivado por la chica:

«Helena es como una ola. A veces es limpia y juguetona como una cascada. Otras veces es mansa y tierna como el mar de las playas noc-

turnas. Hay momentos, en cambio, en que adopta un color oscuro y parece como si ululase en una tempestad interior en la que ella misma naufraga» (p. 62).

No hay nada como la persona amada, a la que se idealiza:

«Su cara, reconocí, era lo más encantador que había visto nunca. Me parecía la de un ángel, aun con su maquillaje de vampira y las perfo-

raciones que la salpicaban aquí y allá [...]. Perdía el tiempo cuando me esforzaba por identificar y apuntar todos sus defectos respecto de un presunto ideal de belleza. En aquel instante, mi ideal era ella, y cualquier otra chica sería defectuosa en cuanto no se le pareciese» (*Los amores lunáticos*, p. 25).

En cuanto al nombre, pues se paladea, se le dan vueltas, se repite en voz alta, se piensa, se aprende sobre él, se escribe una y otra vez.

«En mi cerebro, mientras la veía alejarse camino del laboratorio, no había nada más que aquellas siete letras: V-A-N-E-S-S-A. Las repetí una, dos, tres, cien veces. Confeso que no era un nombre que antes me gustara especialmente. De hecho, me parecía uno de esos que resultan más bien chistosos y algo increíbles. Sólo un poco menos que Winona o Abigail (que me perdonen las Winonas y las Abigáiles). Pero de pronto era mi nombre favorito» (*Los amores lunáticos*, p. 51).

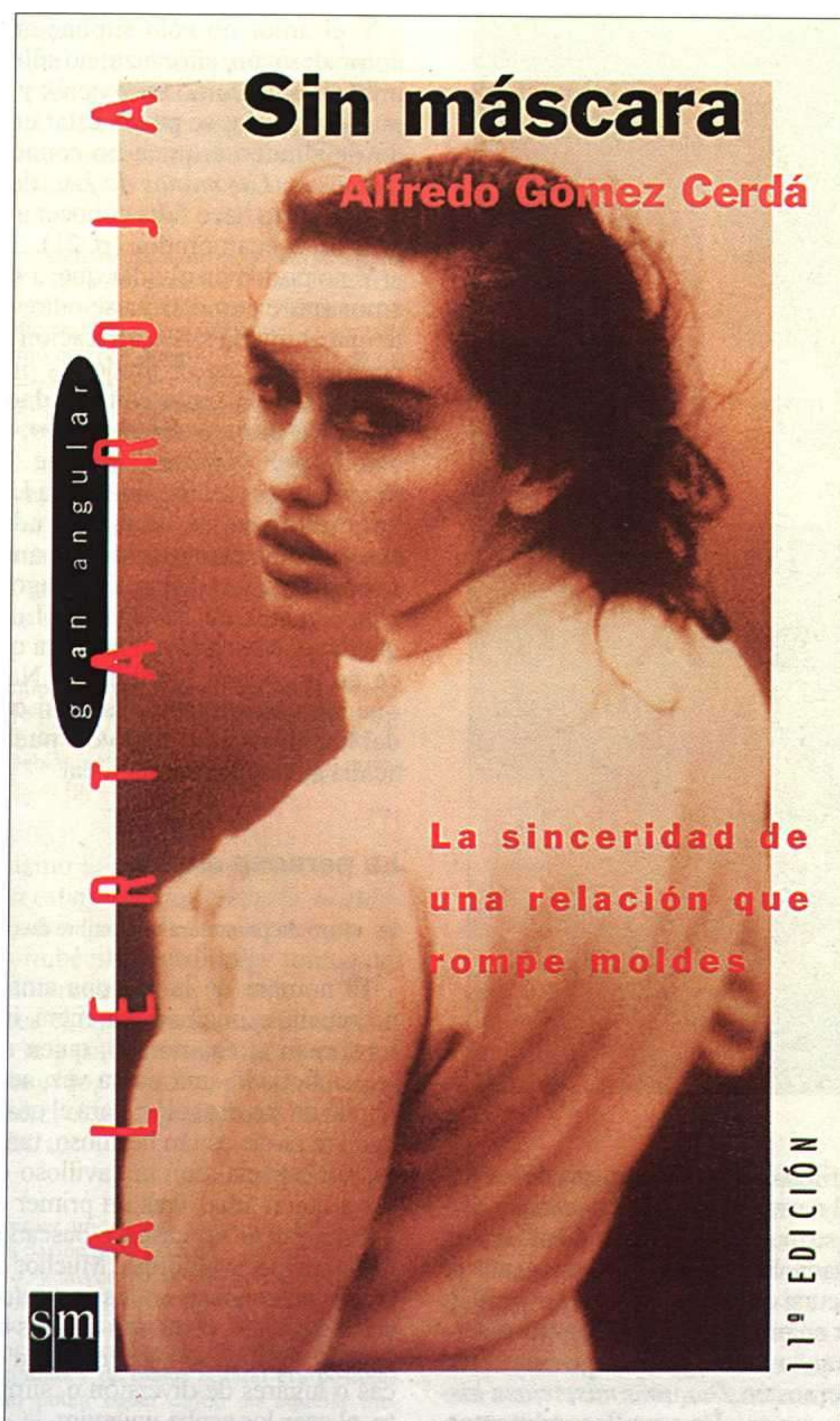
Alda, en *Cleopatra en un cuaderno*, sólo consigue escribir en su diario el nombre del chico al que ama: «Todas aquellas noches de ansiedad y desconcierto únicamente lograba escribir una sola palabra en su cuaderno: “César. César. César.”» (p. 50).

Sin embargo, el mejor ejemplo que hemos encontrado, sin duda, nos lo ofrece Juan en *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*. Juan quiere a Sara y le da toda clase de calificativos y apodos, según sea su estado de ánimo: Saracruzroja, Sarasocorro, Sarainoportuna, Sarapetarda, Saramalvada, Saracarnaval, Saramáscara, Saraletanía, Sarasolidaria, Sarabroca taladrándome, Saraladrona, Saratortuga, Sarabruja, Saraantisocial, Saravacilona, Saraterca, Saramarlene, Sarafelina, Saragata, Sarañañas, Saramundo, Saratema Solar, Sarasobornos, Saracorrupción, Saraamor, Saraanfitriona, Sararompecorazones...

## Declaraciones

«Crecer es no negarse a buscar.»<sup>12</sup>

¿Cómo se declara el amor? ¿Cómo se entera el otro? ¿Quién es el primero que dice un te quiero? Al principio, se quiere en silencio, nadie lo sabe, acaso el diario o los poemas o el propio pensa-



miento inestable; pero ese sentimiento acaba por declararse, por salir a la luz como en cascada.

Iván, el tímido chico de *Maldita adolescente*, nunca se atreverá a manifestar su amor por Adriana, aunque, eso sí, lo escribe: «Quizá algún día me atreva a decirte que siempre me has gustado, Adriana, que siempre te he querido» (p. 67).

Lisa, en *Nunca soñé contigo*, compone tristes poemas de amor en los que se atreve a dar nombre a sus sentimientos: «Te quiero,/siento que aún te quiero,/examor, amor barroco,/examor de mis luchas y batallas» (p. 75).

A veces no hace falta decir grandes cosas, y sirve un sencillo: «Daniela, me gustas» (*97 formas de decir « te quiero»*, p., 166).

A Violeta, en *No digas que lo quieres*, de Clara Obligado, su hermana le advierte: «No digas que lo quieres, o estarás en sus manos» (p. 9). Sin embargo, Omara, la mujer mágica que las atiende, sabe bien cómo atraer un amor:

«Recetas para atrapar a un amor  
Cascarilla simple o dibujada  
Machacar cáscaras de huevo secadas varios días al sol hasta convertirlas en una pasta con consistencia de harina o de talco.  
Echar agua en el polvo hasta que quede una masa y trabajarla con la mano para darle forma de bolita. Si se quiere, se la puede adornar dándole formas y así se puede vender un poco más cara» (p. 38).

Y Violeta, después de todos los avatares, acaba no haciéndole caso a su hermana y diciendo lo que, en teoría, no debía haberse callado:

«Y Violeta, como un pájaro que lanza algo que ha mantenido en el buche durante mucho tiempo, suelta la frase que brota de su boca como un resorte. Dice aquello que toda la humanidad repite por lo menos una vez en su vida, sea o no sea conveniente, una frase sabia o tonta, apropiada o inoportuna, una frase que nos pone en manos del otro o que, en este mundo difícil, nos hace más humanos, nos ayuda a vivir.  
—Que te quiero. No debo decirte que te quiero, pero es la verdad» (pp. 147-148).

El «te quiero» inicia una historia amorosa y sus protagonistas saben que, después de decirlo, ya nada será igual en sus vidas:

«—Te quiero.  
Aquellas dos palabras parecieron verse sumergidas en un eco, porque después de decir las, las estuve escuchando alrededor de nosotros dando vueltas» (*Aquellos días en la playa*, p. 174).

«—Te quiero, tonto —insistió poniendo una pizca de humor al asunto. No le importaba confesar lo que sentía, sobre todo cuando necesitaba oírsele decir a ella misma. ¿Acaso eran o no ciertos sus sentimientos hacia él? ¿Se había enamorado de su desamparo?» (*Las manos de Luz*, p. 8).

«—Quería decirte otra cosa, además.  
—¿A estas horas?  
—No podía esperar.  
—Pues dímela.  
—Que te quiero.  
—¿Qué me quieres?  
—¿Que te quiero! ¿De qué te ríes?  
—De nada. Yo también te quiero a ti» (*Pupila de águila*, de Alfredo Gómez Cerdá, p. 188).



Alicia Cañas, Cuba Linda y Perdida, Magisterio Casals, 1999.

A veces las palabras no salen, pero se intuyen: «También las palabras se le quedaron detenidas, pero tenía que decirse, iba a decírselo: ¡le quería!» (*Hola, ¿está María?*, p. 138).

## El primer beso

«Podía un beso dulce y suave tener todo el fuego del universo.»<sup>13</sup>

Tras las declaraciones y los primeros te quiero, llega el primer beso, algo que se describe con toda clase de detalles en las obras que hemos leído. A veces se recuerda con nostalgia este primer beso y se describe con total nitidez porque ha marcado mucho a sus protagonistas:

«Había sido allí donde había dado el primer beso a Marta, en aquel preciso lugar del jardín, una tarde a las cuatro y cuarto, en la Semana Santa de hacía dos años» (*Aquellos días de playa*, p. 48).

«Recordaba el primer beso, en la proa de la muralla del castillo, con toda la ciudad a los pies, una noche de verano, en la que las luces de las casas parecían las de un belén, el sabor de los labios ajenos, las palpitations del pecho que intentaba ser acariciado, el jugueteo entre el viento que siempre soplabá en las alturas» (*Las manos de Luz*, p. 23).

Se recrea perfectamente todo el proceso, ya que hay una primera fase en que los enamorados aún no se han besado y uno de ellos lo desea con todas sus fuerzas y fantasea acerca del hecho:

«Ahora no, ahora me moría por un beso suyo. Y a la vez tenía miedo de que me lo diera. ¿Qué había que hacer?: ¿cerrar los labios?, ¿entreabrirlos? ¡Dios mío! ¿Y la lengua? ¿Qué se hacía con la lengua?» (*Maldita adolescente*, p. 107).

«... y también pensaba que era un negociante pésimo y que tenía que haber exigido a Sara un beso, tanto si las cosas salían bien como si salían mal...» (*Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*, p. 62).

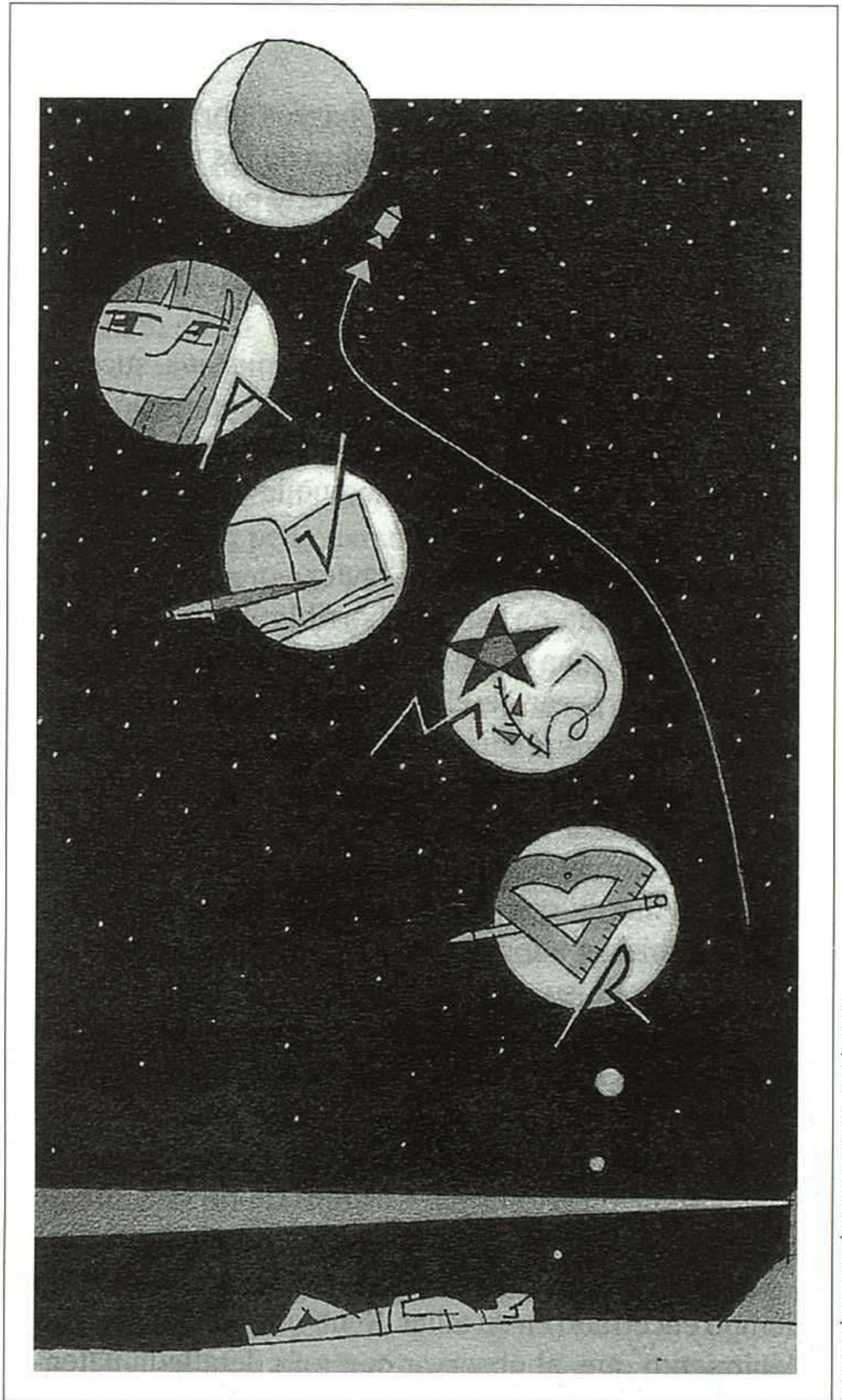
Y por fin llega ese primer beso que, o bien es el primero para los dos o bien es el primero en esa historia amorosa, que se vive con arrobo y absoluta entrega. Son descripciones tiernas, suaves, llenas de poesía, aunque muy reales:

«Al principio, fue un beso muy leve, sus labios contra los míos y las manos entrelazadas en mi cintura. Luego, primero con timidez, con abierta osadía más tarde, las lenguas cruzaron la frontera de los dientes, y yo la estreché entre mis brazos, y ella me acarició la espalda, y yo acaricé la íntima calidez de su piel. Estaba muy excitado, y muy nervioso, y terriblemente feliz; tanto, que de repente me eché a llorar» (*Las lágrimas de Shiva*, p. 233).

«Helena me da un beso de buenas no-

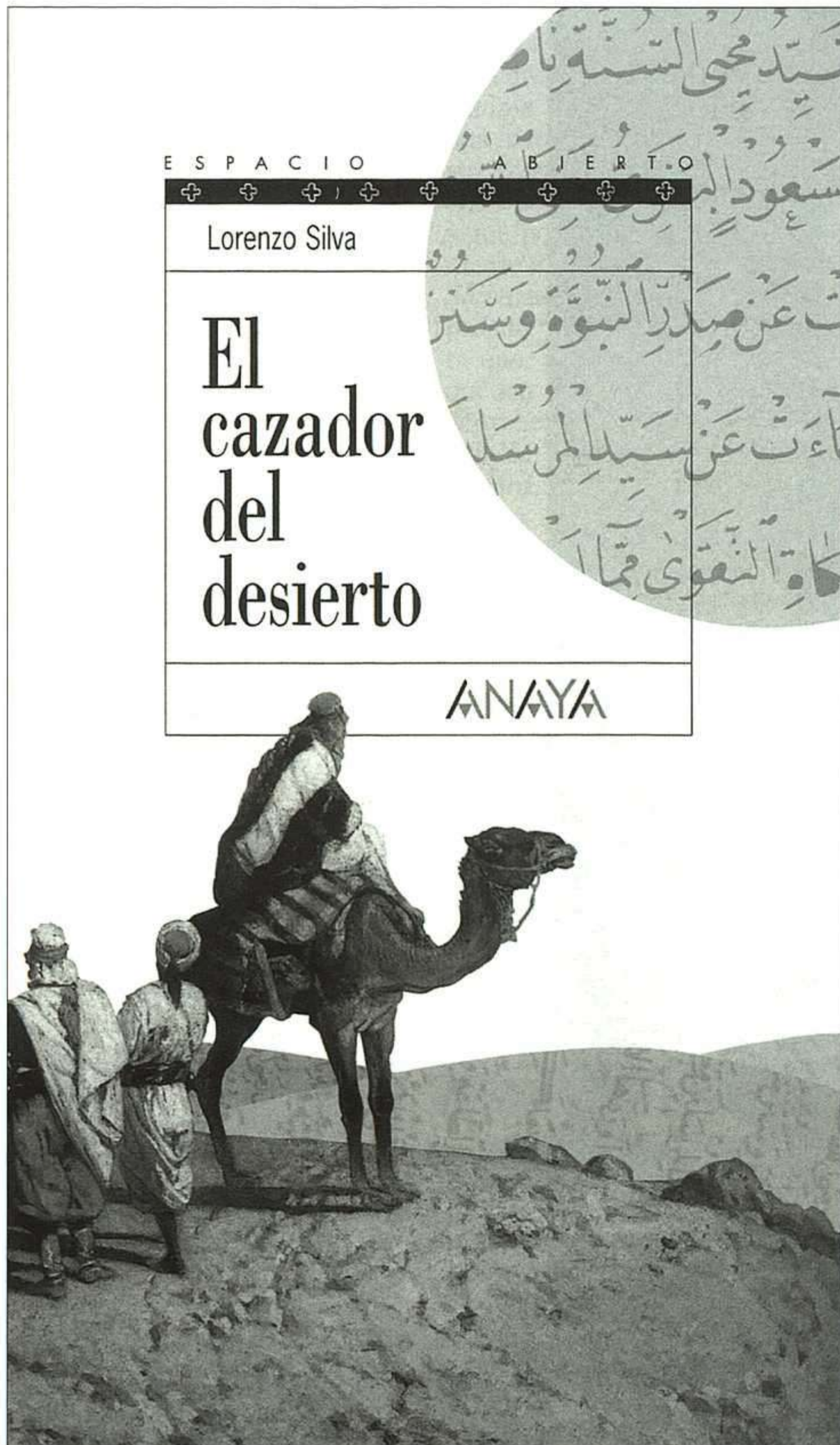
ches y se ha metido de nuevo en su escondite. Ha sido un beso suave como los de mi madre, pero de pronto me he sentido propietario de mi vida. Por primera vez alguien me ha dado un beso porque ha querido, no porque fuese mi tía o mi madre o mi abuela» (*Todos los puertos se llaman Helena*, p. 52).

«Anteriormente, cuando alguien te había besado, cerrabas los ojos. No sé, tal vez para sentir mejor, o porque te invadía un pequeño o gran pudor, no sé. Pero en aquel momento



PACO GIMÉNEZ, LAS LÁGRIMAS DE SHIVA, EDEBÉ, 2002.





permaneciste atenta, sabiendo lo que se aproximaba, deseándolo vivamente, y no queriendo perderte ni un solo detalle de aquellos labios, boca, dientes, carne, piel, olor, dulce sabor de Saïf. Notaste cómo el viento del desierto te acariciaba la nuca, ascendía por tu cuello, jugueteaba con el lóbulo de tu oreja. Y sentiste un estremecimiento desconocido hasta entonces» (*Un viento frío del infierno*, p. 51).

«Volvió a besarla, y esta vez lo hizo con ter-

nura, dándole tanta paz como él obtuvo de ella. Fue un beso capaz de recuperar el tiempo perdido. Un beso suficiente para aislarlos. Por un instante dejaron de pensar» (*La estrella de la mañana*, p. 156).

«Ella se acercó a él. Cuando comprendió que iba a besarlo, ya era demasiado tarde. Se limitó a quedarse muy quieto y cerró los ojos, mitad aturdido, mitad perplejo. Entreabrió los labios más como un acto reflejo que por responder a lo que se le acercaba. Casi una eternidad después, Daniela depositó sus la-

bios en los suyos. Con las dos manos le sujetó la cara, igual que si temiera que él se echara hacia atrás» (*97 formas de decir «te quiero»*, p. 103).

«Luego, la mano lo toma por el mentón y los ojos se clavan, los unos en los otros —Nacho parpadea intimidado— y, finalmente, son los labios los que se unen lenta, muy lentamente, los labios mullidos y cálidos, entreabiertos, al principio sólo se rozan y se separan, se vuelven a rozar, juguetean, pero un poco más tarde se vuelven a rozar, juguetean, pero un poco más tarde Nacho sigue con entusiasmo ese contacto febril que no sabe adónde lo lleva, se deja ir, y están solos en la habitación, acunados por el rumor de la fiesta que sucede abajo, como en otro planeta» (*No digas que lo quieres*, p. 118).

«Y entonces me acerqué, y sus ojos eran lanzallamas y sus cabellos dorados arde París y sus labios rojos al corazón del fuego, y la besé, la besé como si tuviéramos los minutos contados, el mundo traicionado, el veneno en el estómago...» (*Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*, pp. 151-152).

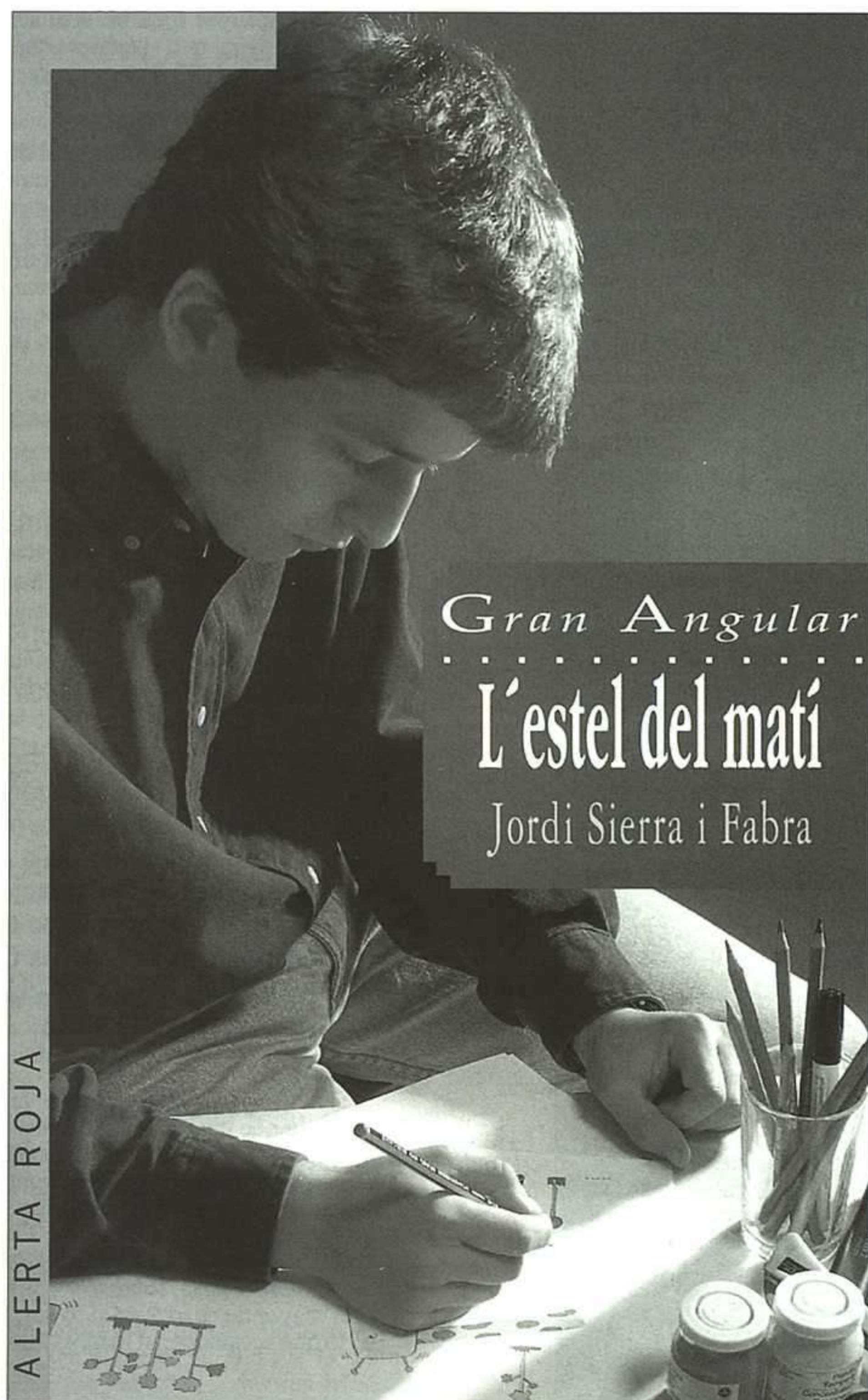
A menudo, este primer beso es el preámbulo de la relación amorosa, pero no siempre ocurre así porque, o bien tras ese amor vino otro y ese beso quedó en el recuerdo, o por circunstancias distintas ha sido un amor que no ha tenido futuro, o porque uno de los dos quiere esperar a que todo esté más claro como leemos en *La lluvia de París*:

«Pasa, para empezar, que eres la chica más preciosa que me ha besado nunca. Pasa, no te lo niego, que sería capaz de hacer muchas locuras por ti. Pero también pasa que estás atravesando por un mal momento, que estás hecha un lío y que es muy posible que sólo creas que yo te gusto porque necesitas algo que te haga sentir bien. Y pasa, sobre todo, que todavía no eres mayor de edad y yo sí lo soy. Bueno, eso es lo que se supone, al menos» (pp. 167-168).

## Relaciones amorosas

«Fue un amor perfecto.»<sup>14</sup>

Casi siempre las historias de amor adolescente concluyen con el primer beso o con la declaración de amor, el «te quiero»; pero en algunas ocasiones sigue un poco más la historia y vemos cómo se desenvuelven los primeros contactos físicos entre la pareja. Generalmente, son descripciones muy literarias, que se mantienen en unos parámetros de contención y romanticismo muy



adecuados para el tema que tratan, aunque muchos son los autores que no obvian las referencias a las relaciones íntimas; eso sí, tratadas con mucho tacto.

En *Como un espejismo* se describe muy bien la primera sensación que puede tener un adolescente ante el contacto con el cuerpo de la persona que ama:

«Y me pareció que me escurría, como si la sangre se me escapara por un agujero y fuera debilitándome, perdiendo todas mis fuerzas. Habría podido morirme lentamente; jamás me había sentido de aquel modo, tan abandonado, blando, débil» (p. 89).

Jordi Sierra i Fabra no entra en detalles, pero sí apunta la escena en *La estrella de la mañana*:

«Se encontró con los brazos de él en la oscuridad, y con la luz de sus labios en el calor de la noche. Había algo más, claro. Su primera noche juntos, y solos, lejos de todo. ¿Podía considerarse una romántica luna de miel?» (p. 138).

Mucho más práctica y real es Luna, en *Sin máscara*:

«Roberto y Luna se miraron durante largos

minutos, sin decirse nada, luego se besaron muy despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Luna se metió la mano en un bolsillo del ajustado pantalón y rebuscó hasta que encontró algo. Sacó un preservativo y se lo dio a Roberto» (p. 137).

De entre todos los libros que hemos leído, es en *Zoa: una misteriosa historia de amor* donde más claramente se describe el acto amoroso, las relaciones sexuales, aunque envueltas en una atmósfera de magia e irrealidad, como toda la historia:

«Nos amamos. Su cuerpo era tierno y flexible, de formas apenas pronunciadas, casi adolescente. Delgada, un poco huesuda, tenía, sin embargo, una calidez inesperada. La amé como nunca hasta entonces había amado a ninguna mujer. La amé delicadamente, dulcemente. Fue un amor perfecto» (p. 15).

## Amores platónicos

«¿Crees que querer es lo mismo que amar?»<sup>15</sup>

No es extraño encontrarnos amores no correspondidos porque no se ajustan a la realidad; es decir, porque son platónicos. El chico o la chica creen enamorarse de alguien que nunca podrá corresponderles, ya sea por edad, por lejanía, por desconocimiento o porque la vida los ha conducido por otros caminos.

Así, el Hámster, en *La lluvia de París*, se enamora platónicamente de Silvia que es mucho mayor que él, pero se trata de un amor-devoción que a la joven, que no está pasando por un buen momento, le irá muy bien y al niño, desde la lejanía, le permitirá crecer.

Otras veces, el objeto del amor es un profesor o profesora, aunque es algo que dura un curso como mucho ya que, pronto, se desvanece este ideal; eso sí, mientras sucede es muy intenso. El joven narrador de *Los amores lunáticos* se enamora de Leonor, su profesora de Literatura. Ana, la joven protagonista de *Con los ojos cerrados*, se enamora de un profesor suyo y nos lo cuenta en estos términos:

«¡Qué difíciles somos los humanos! Tenía que enamorarme de Javier, que por lo menos me sacaba diez o doce años. Y reconozco que a mi edad diez o doce años son muchos años.

En el fondo me fastidiaba muchísimo, pues me veía como la protagonista de la típica película en la que una adolescente ñoña y completamente gilipollas se enamora del profesor joven, diferente y atractivo, pero que al final resulta ser aún más gilipollas que la propia chica» (p. 35).

Muy frecuente es el amor platónico hacia cantantes o actores o famosos. Podemos poner un par de ejemplos clarísimos al respecto:

«Siempre amaría platónicamente a Eric Page, soñaría con él, le sería fiel aun habiéndose casado, le pondría Eric a su primer hijo. Así había sido siempre la historia» (27 Edad maldita, p. 53).

Adriana está «arrebatada» por Nick, de los Backstreet Boys:

«Al principio me daba mucha rabia tenerte que compartir con tantas chicas, pero ahora me da igual, porque lo mío es diferente. Ellas gritan y lloran y patalean, pero luego se olvidan de ti; en cambio yo no, ya lo ves. Lo mío es AMOR con mayúsculas» (Maldita adolescente, p. 6).

## Amor y muerte

«Adiós, amor mío.»<sup>16</sup>

Aunque sea de manera muy breve, porque se trata de un aspecto que merecería otro estudio, sí quisiera referirme a algunas obras en las que el amor aparece relacionado de alguna forma con la muerte, quizá porque son dos realidades rotundas, inherentes al ser humano. Puede que se trate sólo de una reflexión o de una pregunta como sucede en *Como un espejismo*: «Me preguntó si me daba miedo la muerte. No supe qué responderle: nunca había pensado demasiado en la muerte; la veía como algo muy natural, creo...» (p. 49).

O bien sucede como en *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*, en que Sara piensa a menudo en la muerte y Juan cree espantarle por fin esos temores: «... y sentí que Sara ya no quería morir porque me quería con un amor loco y fugitivo...» (p. 152).

Incluso leemos algunas historias en que se recrea una especie de amor *post mortem*, de amor poderoso después de

la muerte. Así en *97 formas de decir «te quiero»* en que Cristóbal recibe una noticia que lo deja conmocionado y que le cambia la vida. Supuestamente, vivió una historia de amor con Daniela y, una vez muertos los dos, pasados 20 años, ella vuelve a buscarlo. Bien, la historia sigue por otros derroteros, pero ciertamente atrapa al lector. *Las lágrimas de Shiva* también nos hablan de un amor pasado y de un fantasma que regresa para que, por fin, en su familia las cosas queden claras y se pueda vivir en paz. Muy hermosa es la historia que cuenta Concha López Narváez en *El misterio de la dama desaparecida* y que combina, en una excelente novela histórica, dos tiempos que se cruzan y entremezclan hasta desembocar en una historia de amor entre un caballero del siglo XVII y una dama ya fallecida que una y otra vez se le aparece. La narración es bellísima.

Muy dura, aunque exquisitamente solucionada, es la muerte por suicidio de Iván en *Maldita adolescente*. Iván es un chico tímido, con problemas familiares, con un amor que no confiesa, que no encuentra salidas a su vida, que equivoca su camino y Andrea se queda conmocionada:

«Yo, que siempre había deseado un amor hondo y sentido, de poeta enamorado, en vez del rollo instantáneo que te piden los chicos hoy. Si él me lo hubiera insinuado. Pero, tal y como era de hermético, eso no lo habría hecho nunca» (p. 129).

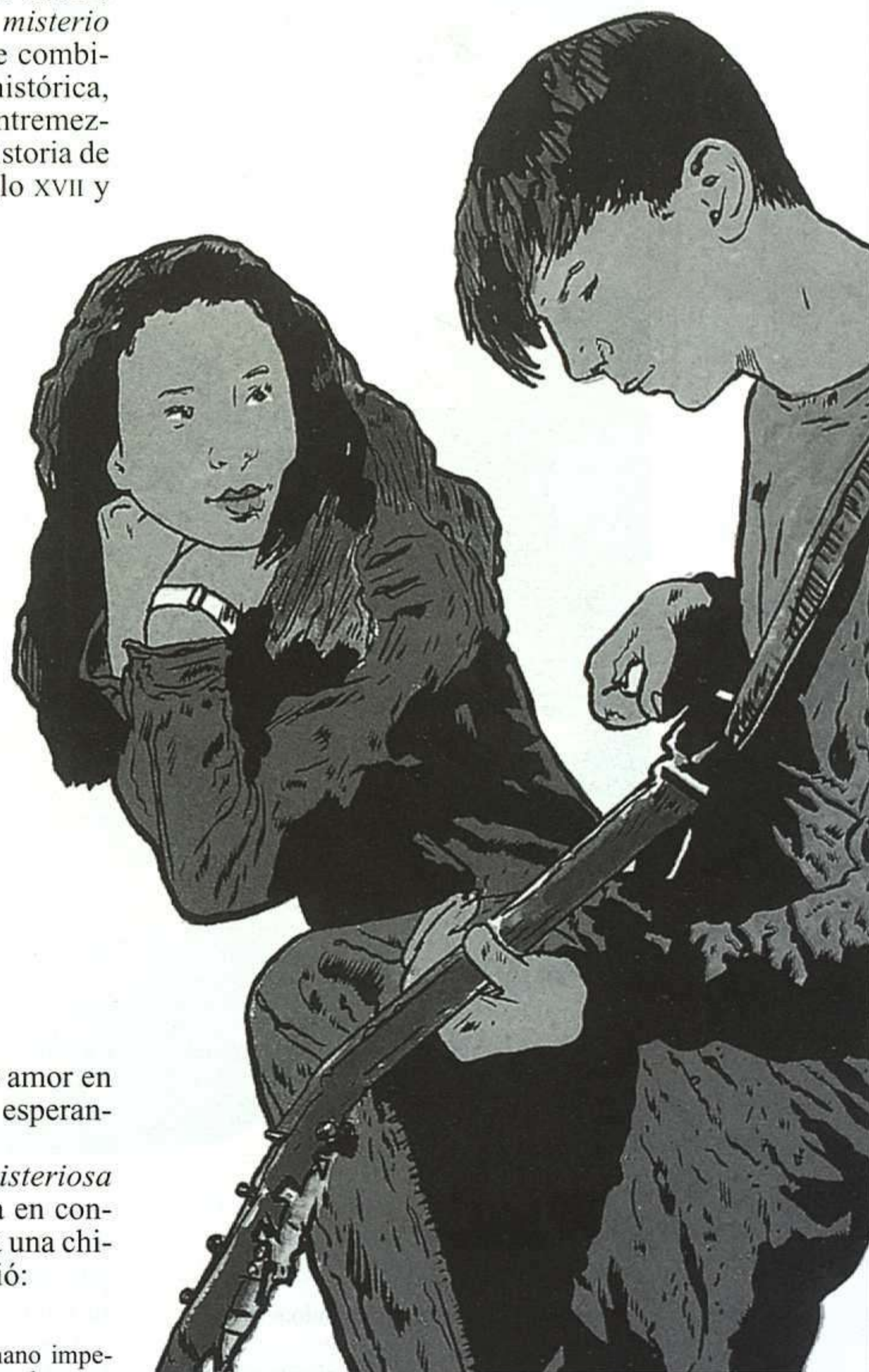
*La casa de verano* es una novela especial, contada desde el presente que continuamente rememora un pasado. Es una historia de amistad y de amor en el que la muerte siega muchas esperanzas y separa a los amigos.

El narrador de *Zoa: una misteriosa historia de amor* también entra en contacto con la muerte y recuerda a una chica a la que él quería y que murió:

«Aquella muerte era como una mano impetuosa e inesperada que me dejaba solo, muy solo, con un amor demasiado grande, con el

cual no sabía qué hacer ni dónde meterlo para que no me hiciera daño. Un amor rabioso que se me rompía entre las manos, que se me pudría en el pecho como una astilla entre carne y uña» (pp. 21-22).

En algún momento, la vida es más fuerte que la muerte y prende en la persona, como ocurre en *La novia robada*, donde Tasia, en coma y embarazada, vuelve a la vida y al amor de su vida gracias a la aparición fantasmal de su madre, que la vela.



R. SLOCOMBE, S. BLOCH Y R. BARBORINI, PREGUNTAS AL AMOR, LOGUEZ, 1999.

SOPA DE LIBROS

Concha López Narváez

# El misterio de la dama desaparecida

Ilustraciones de Francisco Solé



ANAYA



## Otros aspectos

«El amor también va cambiando.»<sup>17</sup>

Hay otros muchos sentimientos y otros muchos aspectos que podríamos tratar ya

que se relacionan también con el amor; pero dadas las características de este estudio, nos limitaremos a esbozarlos.

Los celos, por ejemplo, van también ligados con el amor, aunque son la cara más oscura; y, además, en las obras leí-

das, no es uno de los sentimientos que más aparezca, lo hace de forma esporádica. Más recurrente es la idea de que el amor viene emparejado con el dolor que, por ejemplo, se deduce de este fragmento de *Los amores lunáticos*:

«Aquella noche conocí, como no lo había conocido hasta entonces, el lado infernal del amor. Me sentía como la última mierda, como un imbécil fracasado, como el pobre desgraciado que veía desde fuera cómo se divertían los demás. Y la verdad, me resultaba insopor- table, además de injusto» (p. 102).

Encontramos también ausencia de amor, desamor; hallamos sentimientos de impotencia y reflexiones en torno al primer amor. Podríamos mencionar igualmente la estrecha relación que hay entre amor y amistad, los amigos envuelven a los enamorados, los rodean, a veces para ayudarlos, otras para entorpecer sus planes. En *La casa de verano*, por ejemplo, Carlos y Tomás se enamoran de la misma chica, Juli, aunque eso no los separa. También cabría analizar en otro momento más ampliamente el papel de los padres, de los adultos, de la familia que no siempre entienden este amor, que a veces lo obstaculizan, otras abogan porque los enamorados lo pospongan, otras lo amparan, aunque, casi siempre, es el joven quien tiene la última palabra.

A menudo también la literatura se mezcla con el amor. Encontramos alusiones a la poesía de Antonio Machado en *La casa de verano* y en *Maldita adolescente*; Lisa, en *Nunca soñé contigo*, escribe poemas; lo mismo hace el amigo del narrador en *Los amores lunáticos*. Tampoco es infrecuente la alusión a algún libro que puede marcar la vida de los personajes como *El gran Meaulnes* en *La lluvia de París* o *Romeo y Julieta* que se menciona en varias de las obras leídas. Lo mismo pasa con la música e, incluso, con el cine. *El cazador del desierto* es buen ejemplo de la relación entre amor y cine.

En suma, amor y literatura juvenil, amor y crecimiento, amor y futuro, amor e iniciación... dicotomías que van perfectamente ligadas. Quizá, después de haber analizado algunos de los aspectos relacionados con el amor en la literatura destinada al público adolescente —a

cualquier lector, cabría añadir— podemos deducir, siguiendo el tópico, que: «no hay nada nuevo bajo el sol» y que el amor, como sentimiento inmenso que es, protagoniza nuestras vidas y nuestras lecturas. Y es que la literatura que se hace eco del amor bien puede ayudar a los jóvenes lectores a superar sus problemas, a conocerse a sí mismos, a entender qué es lo que les está pasando, en suma. ■

\*Anabel Sáiz Ripoll es Doctora en Filología y profesora en el IES Jaume I de Salou (Tarragona). De nuevo, como en otras ocasiones, mi agradecimiento a la Fundación Germán Sánchez Ruipérez de Salamanca, en especial a Carmen.

#### Notas

1. Mencionamos, ya se verá en la bibliografía, autores muy conocidos y actuales, así como títulos que abarcan distintos temas, incluida la novela histórica.
2. *27 edad maldita*, de Jordi Sierra i Fabra.
3. José Antonio Marina, *El laberinto sentimental*, Barcelona: Anagrama, 2001, p. 188.
4. Véase, por ejemplo, la obra excelente de Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2003. Puede consultarse también de Martín Casariego Córdoba, *El amor y la literatura*, Madrid: Anaya, 1999.
5. Alejandra Vallejo-Nágera, *La edad del pavo (Consejos para lidiar con la rebeldía de los adolescentes)*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1997, p. 124.
6. Juan Antonio Pérez Millán, «Del amor en tiem-

- pos de iniciación», en *CLIJ*, 4, 1989, pp. 14-19.
7. *Los amores lunáticos*, de Lorenzo Silva.
  8. *27 edad maldita*.
  9. *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*, de Martín Casariego.
  10. *97 formas de decir «te quiero»*, de Jordi Sierra i Fabra.
  11. *Los amores lunáticos*.
  12. *Todos los puertos se llaman Helena*, de Joan Barril.
  13. *97 formas de decir te quiero*.
  14. *Zoa: una misteriosa historia de amor*, de Pep Albanell.
  15. *Aquellos días de playa*, de Manuel Cobo.
  16. *Maldita adolescente*, de María Menéndez-Ponte.
  17. *La casa de verano*, de Alfredo Gómez Cerdá.

## Bibliografía

- Albanell, Pep, *Zoa: una misteriosa historia de amor*, Anaya: Madrid, 1991.
- Alonso, Manuel L., *Pájaros en una tormenta*, Madrid: Bruño, 1999.
- Barril, Joan, *Todos los puertos se llaman Helena*, Madrid: SM, 1999.
- Bandera, M<sup>a</sup> Carmen de la, *Cuba linda y perdida*, Barcelona: Magisterio Casals, 1999.
- *Un hoyo profundo al pie de un olivo*, Madrid: Anaya, 1999.
- *De Fez a Sevilla*, Madrid: Anaya, 1998.
- *Íntimos secretos*, Madrid: Anaya, 2000.
- Baquedano, Lucía, *Cinco panes de cebada*, Madrid: SM, 1990.
- Casariego Córdoba, Martín, *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*, Madrid: Anaya, 1996.
- Cobo, Fernando, *Aquellos días de playa*, Barcelona: Alba, 1999.
- Gómez Cerdá, Alfredo, *Pupila de águila*, Madrid: SM (2 1990), (Gran Angular, 97).
- *Con los ojos cerrados*, Madrid: SM, 1997.
- *Sin máscara*, Madrid: SM, 1996.
- *La casa de verano*, Madrid: SM, 1995.
- *No vuelvas a leer Jane Eyre*, Madrid: Anaya, 1999.
- Gómez Ojea, Carmen, *Cleopatra en un cuaderno*, Madrid: Anaya, 2001.
- *Nunca soñé contigo*, Salamanca: Lóguez, 2000.
- Lalana, Fernando; Puente, Luis A., *Almogávar sin querer*, Barcelona, Magisterio Casals, 2000.
- López Narváez, Concha, *Endrina y el secreto del peregrino*, Madrid: Espasa-Calpe, 1993.
- *El misterio de la dama desaparecida*, Madrid: Anaya, 2001.
- López Narváez, Concha; Salmerón, Miguel, *Hola, ¿está María?*, Madrid: Bruño, 1999.
- Mallorquí, César, *Las lágrimas de Shiva*, Barcelona: Edebé, 2002. Existe ed. en catalán —*Les llagrimes de Shiva*—.
- Menéndez-Ponte, María, *Maldita adolescente*, Madrid: SM, 2001.
- Obligado, Clara, *No le digas que lo quieres*, Madrid: Anaya, 2002.
- Puerto, Carlos, *Un frío viento del infierno*, Madrid: SM, 2000.
- *Las manos de Luz*, León: Everest, 2000.
- Roca, Maria Mercè, *Como un espejismo*, Madrid: Anaya, 1991.
- Sierra i Fabra, Jordi, *27 edad maldita*, Madrid: Santillana, 2002.
- *Una (simple) historia de amor*, Madrid: Espasa-Calpe, 2001.
- *97 formas de decir «te quiero»*, Madrid: Bruño, 2001.
- *La estrella de la mañana*, Madrid: SM, 1997. Existe ed. en catalán —*L'estel del matí*— en Cruïlla.
- Silva, Lorenzo, *El cazador del desierto*, Madrid: Anaya, 1999.
- La lluvia de París*, Madrid: Anaya, 2000.
- Los amores lunáticos*, Madrid: Anaya, 2002.
- Xirinacs, Olga, *La núvia dormida*, Barcelona: Edebé, 1998. Existe ed. en castellano — *La novia dormida*—.